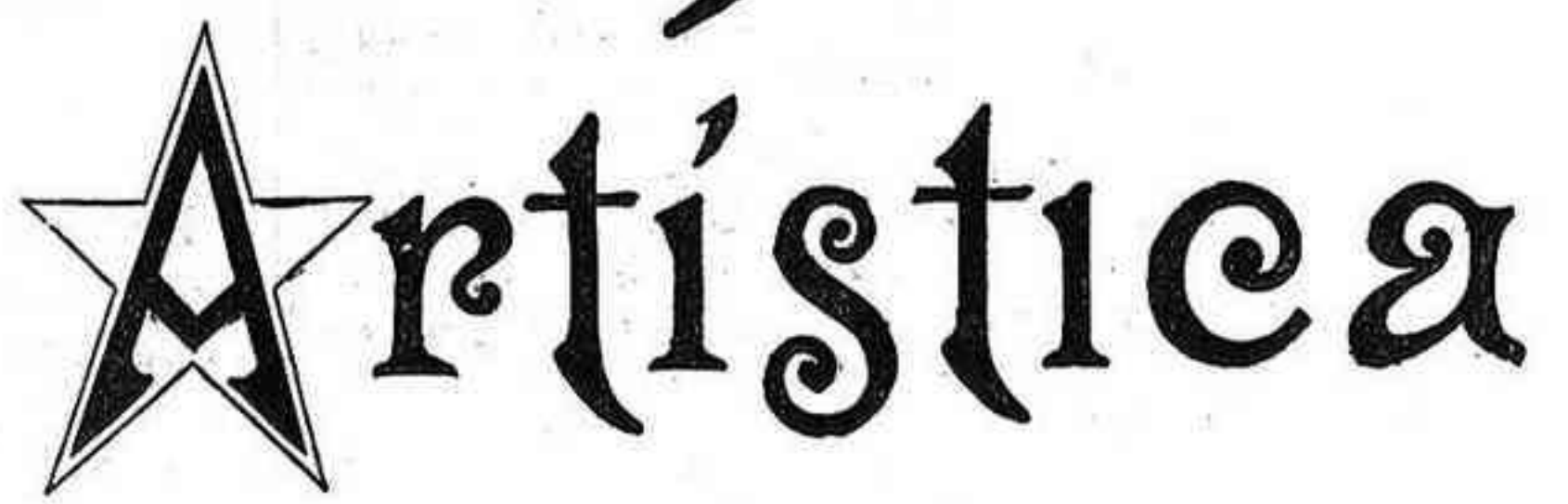


La Ilustración Artística



Año XXI

BARCELONA 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1902

Núm. 1.079

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BUSTO DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA, obra de Roberto Weigl

1911 S. & K.

SUMARIO

Texto. - *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. - *La gran proeza del conde Berenguer de Barcelona (leyenda catalana)*, por Pompeyo Gener. - *La coronación de S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra*. - *Esposa y amante*, por Eduardo Blasco. - *Nuestros grabados*. - *Barcelona. Fiestas de la Merced. Programa oficial*. - *Miscelánea*. - *Problema de ajedrez*. - *Via libre*, novela ilustrada (continuación). - *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII*. - Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. - *Busto de la emperatriz Isabel de Austria*, obra de Roberto Weigl. - *Dibujo de Triadó que ilustra el artículo La gran proeza del conde Berenguer de Barcelona*. - *S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra*. - *S. M. la reina Alejandra de Inglaterra*. - *Los reyes de Inglaterra dirigiéndose a la abadía de Westminster para la ceremonia de la coronación*. - *La abadía de Westminster en el momento de ser coronado S. M. el rey Eduardo VII por el arzobispo de Cantorbery*, dibujo del natural, por S. Begg. - *Vistas fotográficas del viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Avilés y Pamplona*. - *El regreso del amante*, cuadro de Marcos Stone. - *En el jardín*, cuadro de E. Toudouze. - *S. M. la reina María Cristina en Munich*, grupo de varios retratos. - *La Virgen de Roncesvalles*. - *Salón del trono de la Excm. Diputación de Navarra*. - *Retablo de San Miguel de Excelsis*. - *Meditación*, cuadro de Carlos Pellicer.

REVISTA HISPANO AMERICANA

La cuestión del Pacífico: estado actual: negociaciones entre Chile y Bolivia. - *Paraguay*: legación en Washington: un programa de gobierno: los latifundios paraguayos. - *Colombia y Venezuela*: la guerra civil: información norteamericana. - *Honduras*: las islas de la Bahía: elección presidencial. - *Méjico*: el nuevo ejército revolucionario. - Un español en los páramos de la Tierra del Fuego.

Aprobados ya los convenios ó pactos que garantizan, por ahora, las buenas relaciones entre la República Argentina y Chile, la atención de los políticos sudamericanos se fija preferentemente en la llamada cuestión del Pacífico.

Veinte años hace que dura el estado provisional creado como consecuencia de la guerra de 1882. Provisional continúa siendo la situación de las provincias de Arica y Tacna y del departamento marítimo que poseyó Bolivia. De hecho, Arica, Tacna y la Bolivia litoral son territorios chilenos.

Ineficaces han sido las gestiones que en diferentes épocas hicieron los gobiernos peruano y boliviano para conseguir que, mediante tratados definitivos y con las compensaciones que se convinieran en favor de Chile, volvieran aquellos países á formar parte de las respectivas nacionalidades.

Hubo momentos en que el difícil problema pareció que estaba á punto de resolverse. Recordemos á este propósito que, según acuerdo de 16 de abril de 1898, la reina regente de España debía fijar las condiciones exigidas para tomar parte en el plebiscito que había de decidir entre el Perú y Chile la propiedad y soberanía de la provincia de Tacna y Arica. El Estado que la conservase pagaría al otro una indemnización de diez millones de pesos. Se consultó al gobierno español, y éste se manifestó dispuesto á aceptar el honroso encargo.

Surgieron, como siempre, dificultades de última hora; este, como otros acuerdos ó proyectos, no llegó á ratificarse ó realizarse, y las Sinopsis estadísticas y geográficas de Chile siguieron señalando como límite Norte de dicha República el río Sama. Todo el territorio en cuestión continuaba, pues, en poder de Chile. Lo provisional llevaba trazas de convertirse en definitivo por la fuerza de los hechos, sin respeto á compromisos anteriores.

Perú y Bolivia llegaron á tener alguna confianza en los buenos oficios de la República Argentina. Cierta es que ésta podía alegar como motivo de su intervención la conveniencia de establecer base permanente de relaciones amistosas entre los pueblos hermanos de la América del Sur; pero esa intervención hubiera lastimado, seguramente, el amor propio nacional de los chilenos.

Ahora las circunstancias han variado: la Argentina no es el pueblo rival de Chile que se dispone á la guerra contra él. Ha reducido sus armamentos marítimos y no ha lugar á suponer imposiciones. La República Argentina está en mejores condiciones para manifestar á Chile sus vivos deseos de que se resuelva pronto la cuestión del Pacífico, y Chile queda en completa libertad de acción para convenir, sin mediación directa de potencia extraña, los pactos definitivos con Perú y Bolivia.

Ya indicamos en la *Revista* anterior que el presidente de Chile había declarado que se aspiraba á resolver el problema con la mayor diligencia posible. La prensa sudamericana nos habla, en efecto, de negociaciones secretas entre Bolivia y Chile, y aun se citan los nombres de los plenipotenciarios que nombraría el gobierno boliviano cuando llegue el momento de dar á aquellas carácter oficial y públi-

co, los Sres. D. Adolfo Ballivián y D. Claudio Pinilla.

El resultado de dichas negociaciones no deja de preocupar á la prensa boliviana. Aspirase en esta República á recuperar todo lo que fué su departamento litoral, y se teme que el gobierno ceda y llegue á sancionar la pérdida de parte de aquél á cambio de alguna indemnización.

* *

En el mensaje que presentó á la Cámara el vicepresidente de la República del Paraguay Sr. Carvallo se daba noticia de los principales actos de la Administración pública durante el año 1901-1902. Uno de ellos ha sido el establecimiento de Legación en Washington.

Era el Paraguay el único estado americano que no tenía representación diplomática en los Estados Unidos del Norte. Ahora, como los capitales de este país empiezan á buscar empleo en el Paraguay y conviene estimular en cuanto sea posible el desenvolvimiento de relaciones comerciales entre ambas repúblicas, el gobierno paraguayo creyó oportuno acreditar un representante en Washington, y se promete muy felices resultados de la gestión encomendada al nuevo ministro, el ciudadano Dr. Alejandro Audibert.

Por su parte, los Estados Unidos norteamericanos han de hacer también cuanto puedan para fomentar esas relaciones. De día en día van necesitando más mercados para su producción, porque los de Europa, que pretenden conquistar, no son tan accesibles como suponían. Las últimas estadísticas han debido causar un gran desencanto á los yanquis: en el año económico que terminó en 30 de junio, los Estados Unidos han exportado á Europa mercancías por valor de 100 millones de dólares menos que en el año anterior. En cambio, sus importaciones han aumentado en unos 60 millones de dólares.

Y como los grandes centros industriales y productores de Europa, sobre todo de Alemania, ponen resuelto empeño en aumentar su tráfico con la América española, los Estados Unidos no pueden descuidarse, so pena de exponerse en los sucesivos años á sorpresas aún más desagradables que la de ahora.

La interinidad de Carvallo como presidente en ejercicio va á cesar pronto. El candidato para la presidencia que más probabilidades tiene es el señor Ezcurra, factor principal que fué en el movimiento revolucionario que ocasionó la caída de Acebal. En su programa de gobierno ha declarado aquél que se propone hacer un llamamiento á la juventud intelectual paraguaya para que le ayude en la empresa que más importa al país, que es desarrollar sus fuerzas económicas. Los *latifundios*, que allí, como en otros países, han hecho y hacen gran daño, corren peligro. Cree Ezcurra que «el pueblo más patriota y más trabajador es aquel en donde la propiedad está más repartida.»

En las actuales condiciones de la propiedad en el Paraguay, es punto menos que imposible resolver el problema de la colonización nacional y extranjera.

* *

No se ha conseguido todavía la completa pacificación de Colombia.

Los convenios acordados entre conservadores y liberales han surtido efecto en todo el país menos en el departamento de Panamá, donde hace quince días aún peleaban con encarnizamiento las huestes de uno y otro bando.

Cartas particulares que acabamos de recibir de Bogotá nos aseguran que la paz en aquella república quedará en breve restablecida. Los revolucionarios del interior han depuesto las armas, acatando la autoridad del gobierno, que les ha ofrecido toda clase de garantías. Sólo se mantiene en actitud belicosa las guerrillas del citado departamento, contra las cuales envió el gobierno nacional un ejército de 6.000 hombres al mando del general D. Pompilio Gutiérrez.

Hay confianza en que dichas guerrillas se sometan pronto, obedeciendo la voz de los principales jefes de la revolución, quienes, convencidos de la impotencia de sus medios, trabajan actualmente por poner término á esa guerra fratricida que tantos males ha causado á Colombia.

Dado el mutuo auxilio que se prestan los bandos políticos en Venezuela y Colombia, la paz en ésta contribuiría á restablecer la tranquilidad en aquélla, donde los partidarios de Castro y de Matos redoblan sus esfuerzos para lograr el triunfo.

En Venezuela la guerra civil ha tomado caracteres más graves. Ciudad Bolívar y otras poblaciones han sido ocupadas por las fuerzas enemigas del ac-

tual presidente, y fué preciso declarar bloqueados las bocas del Orinoco y algunos puertos. Los revolucionarios se han apoderado también de Barcelona, donde, si hemos de dar crédito á las informaciones de Nueva York, los invasores han maltratado á mujeres y niños y saqueado la población.

Pero ya saben nuestros lectores que conviene estar prevenidos contra tales informaciones. Hay siempre en la República yanqui verdadera complacencia en denostar á los hispano-americanos, y no se pierde allí ocasión de recargar las tintas cuando se da noticia de los trances ó incidentes de estas contiendas. Y lo grave del caso es que las tales referencias se toman como artículo de fe aquí en España y en Europa, y ni se tiene en cuenta tampoco que si en épocas de guerra civil, cuando las pasiones se exacerban, los ciudadanos de esas repúblicas americanas pueden acaso olvidar deberes de humanidad, en tiempos normales muestran mayor civismo y cultura y más nobles sentimientos que muchos de los ciudadanos de la república que se ha dado en estimar como modelo, donde hay grandes comarcas que permanentemente se encuentran en tan desordenada condición como lo más desolado y anárquico, hoy, de Venezuela y Colombia; allí, nos dice *Las Novedades* de Nueva York, se dan batallas, corre la sangre, se aplica de continuo la ley marcial; allí se ha trasladado la Sierra Morena tradicional de España y bandas de forajidos roban y asesinan al viajero; allí hay poblaciones como Lexington (Kentucky) en que la rivalidad ó los odios de familia crean un estado permanente de lucha que en pocos meses ha causado ya 36 víctimas; en las calles y en las casas se abrasan á tiros y nadie va á la cárcel... Es el caciquismo de España llevado á sus últimos perfeccionamientos; sin duda los yancófilos considerarán estos hechos como una prueba más de la superioridad de aquellas gentes.

* *

Inglaterra ha renunciado al fin á todas sus pretensiones sobre las islas Roatan y demás que Honduras, con perfecto derecho, venía considerando como suyas y con las que se había formado el departamento hondureño de Islas de la Bahía.

Continúa preocupando en esta República la próxima elección presidencial. Además de los candidatos que citamos en la *Revista* de julio (Bonilla, Rosales y Arias), se presenta el Dr. D. Marco Aurelio Soto, que ya ejerció este elevado cargo.

* *

Nueve mil hombres reclutados en varios Estados de la Federación se hallan actualmente esparcidos á lo largo de las líneas férreas que están construyendo las empresas del «Nacional de Méjico», «Central Mejicano», «Coahuila y Pacífico» y «Chihuahua y Pacífico.»

El presupuesto diario de todas estas obras para pago de jornales y compra de material fijo y móvil se calcula en 80.000 pesos, cantidad que ha de triplicarse dentro de pocos meses cuando empiecen á colocarse los nuevos carriles del Nacional y el Central en los tramos que se preparan para recibirlos. Entonces ya no serán 9.000, sino 20.000 los hombres ocupados en estos trabajos.

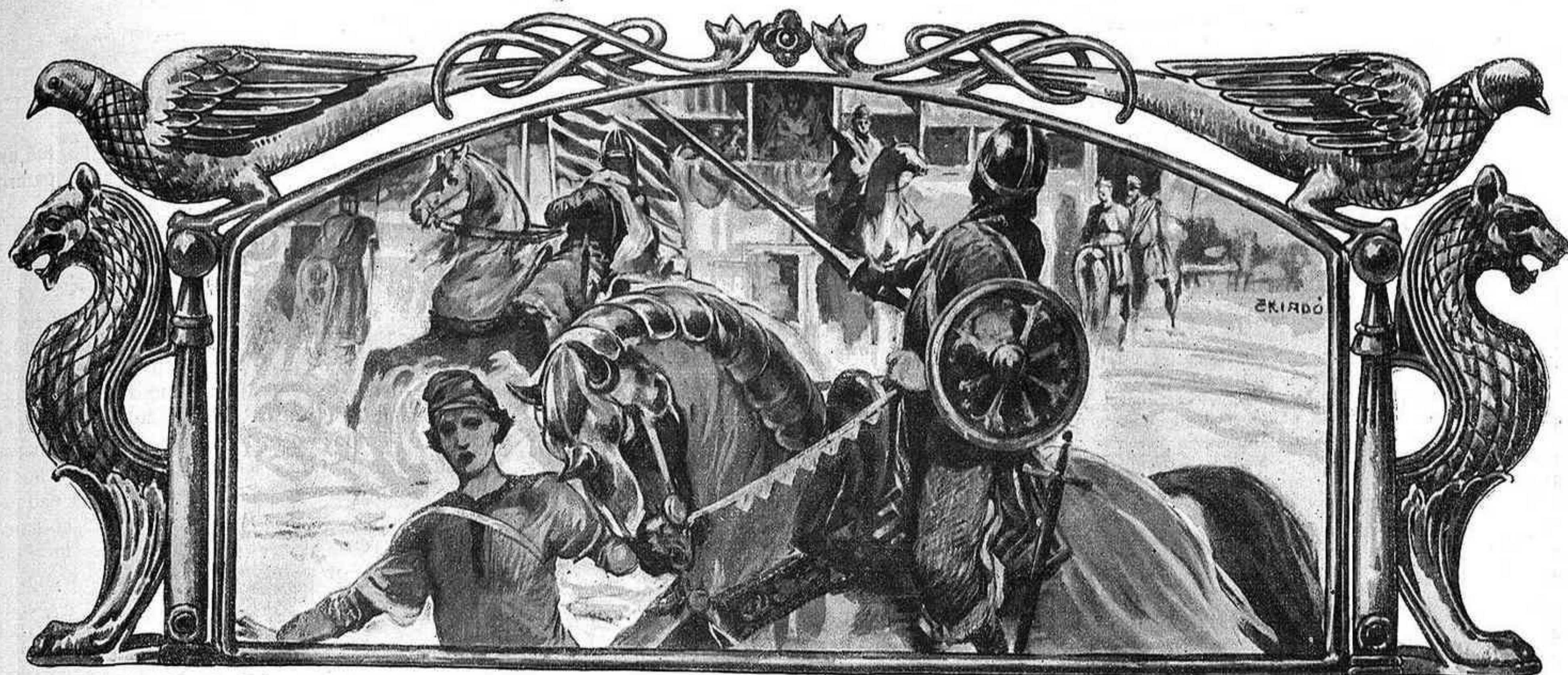
«¡Ese es - exclama *El Economista Mejicano* - el ejército revolucionario de Méjico, el ejército que va á operar una verdadera revolución en los destinos económicos de la República!»

* *

No ha muchos días leíase en la *Gaceta de Madrid*: «El cónsul de España en Buenos Aires participa el fallecimiento del súbdito español Antonio Rey, ocurrido en el paraje denominado El Páramo, en Tierra de Fuego, el 7 de marzo último, dejando, entre otros bienes, 1.500 gramos de oro.»

Allí, pues; en aquellas desoladas tierras del extremo meridional de América, donde el Nuevo Mundo acaba con islas áridas y sombrías, con enormes rocas y masas de nieve; bajo aquel cielo triste, siempre gris, con frecuencia negro y tempestuoso; en un ambiente helado por las nieblas que caen de la montaña, allí hay españoles á quienes la miseria ó la desventura arrancaron de su patria, y que con el cuerpo doblado días y días sobre la orilla del torrente que arrastra las preciosas arenas vivas, trabajan y ahorran, y pueden morir legando á sus desconocidos herederos, con otros bienes, 1.500 gramos de oro, una cincuentena de nuestras antiguas peluconas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



LA GRAN PROEZA DEL CONDE BERENGVER D BARCELONA

(LEYENDA CATALANA)

Erased un conde Berenguer de Barcelona, apuesto y gentil, leal y cortés y valiente, y de grandes prendas como otro tal no hubiese en todos los reinos cristianos. En las fronteras de su marca había batido á los alarbes, haciéndoles retroceder allende el Ebro. Y era amado y bienquisto, no sólo en toda la Marca Cathalánica, sino también en Provenza y en Tolosa, y hasta en las mismas tierras del Imperio de los francos.

E hizo una gran proeza, como tal no hayan visto más los siglos; tanto que los trovadores la cantaron en mil tonos en discretos *serventesios*; y no había fiesta en castillo, villa ó campo en que no se cantara durante mucho tiempo la tal hazaña de tan esforzado conde cristiano.

* *

Había en Alemania una emperatriz hermosa y discreta, honesta y recatada, que tuvo la desgracia de inspirar pasión violenta á uno de los gentiles hombres de la corte del emperador su esposo, llamado Wolfgango.

El tal cortesano era un menguado, y además traidor, malsín, astuto y desleal, aunque bravo, belicoso y diestro en el manejo de toda clase de armas, así de mano como de asta, ya fuese á pie, ya á caballo, teniendo gran agilidad en los ejercicios de cuerpo y gran industria en inventar falsedades y mentiras.

La emperatriz sufrió prudente las deshonestas miradas de tan mal caballero; pero éste insistió en sus torpes propósitos de modo tal y de manera tan ruda, que de las miradas pasó á las palabras, y á tanto la honesta emperatriz le viera decidido, que se vió obligada á significarle que se alejara de la imperial corte si no quería sufrir el merecido castigo del emperador, su señor y amo. Por lo cual él se fué.

Y una vez lejos, el malvado hizo correr voces de que se había marchado de la corte por no poder ya aguantar más los amorosos ataques de la reina; y tales fueron las villanas calumnias que hiciera correr sobre tan excelsa dama, y tan graves y tan precisas fueron las acusaciones, que la reputación de la soberana de Alemania empezó á sufrir de ello.

En tanto el malsín había prestado pleito homenaje á un rey no sujeto al emperador, y le servía como capitán; y así había podido evitar el que el emperador, antes su soberano, un día mandara prenderle y le aplicara ejemplar castigo.

Al principio de haber desaparecido el cortesano Wolfgango, el emperador no se enteró de nada. Pero no faltaron damas envidiosas de la virtud, donosura y belleza de la su soberana que hablaran tanto de las supuestas predilecciones amorosas de la emperatriz por el caballero prófugo, que el emperador hubo mientes de ello, y dudó, y por fin tuvo la debilidad de creer posible aquello que jamás existiera. Tan fuerte fué el viento de calumnia que desencadenó el mal nacido, que pronto pareció á los ojos de todos realidad lo que sólo era mentirosa imputación de un malnacido vil é infame.

Aconsejóse el emperador, en muy mal hora, con un amigo del ausente Wolfgango, y éste le indujo á que se resolviera á hacer juzgar á su esposa, y á condenarla á muerte si es que resultaba culpable, según la usanza de aquellos tiempos.

Y el *Juicio de Dios* fué decidido.

El tribunal nombrado, expidióse directo cartel al caballero para que compareciera á formular la acusación en toda regla, prometiéndosele la vida salva si resultaba favorecido por el poder de la Divina Providencia en el combate.

Llegado el día, el tribunal se reunió, y compareció entre guardias la infeliz soberana. El acusador, con la ayuda del diablo, fué elocuente y contundente; por malas artes habíase procurado prendas de la infeliz señora, que presentó como prueba de los presentes que ella le hiciera para seducirlo. Y el tribunal, compuesto de sabios y prudentes varones, decidió que se emplazara la liza, y que el caballero acusador estuviera presente cada tarde en ella durante doce días, á partir de tres meses de la fecha, y si al cabo de este tiempo no se hubiese presentado otro caballero que defendiera la inocencia de la gentil dama acusada, ganando en buena lid y con las armas en la mano la causa de ella, sería decapitada por adúltera, y su cuerpo echado á un estercolero.

Hiciéronse rogativas en todos los conventos de Alemania y de los demás estados cristianos, y varios emisarios partieron para proclamar el fallo en todas las comarcas de Alemania y en las demás Marcas cristianas, así de países francos, como septentriones ó mediterráneos. Y diz que el tal edicto hasta fué fijado en la capital alarbe de Córdoba, con permiso de un califa, hombre prudente y honesto, aunque no de nuestra ley.

Y esta nueva sonó por todas partes; mas como el acusador menguado era un tan feroz guerrero y terrible espadachín, nadie se presentaba.

Y pasaron días y más días sin que ningún gentil-hombre, barón ó conde viniera á tomar la defensa de tan gentil y honesta dama. Y ya estaba á punto de expirar el plazo de los doce días, cuando llegó un fraile de luengas tierras, que hablaba en latín rústico, y dijo ser portador de la nueva de que había un esforzado caballero, que estaba ha poco combatiendo á los infieles musulimes, que ya se había puesto en viaje para defender á la excelsa emperatriz y demostrar la su inocencia; y pedía prórroga tan sólo de dos días para que el dicho caballero llegase, pues él montado en un mulo le había precedido. Y además pidió al tribunal que le dejara confesar á la alta señora que estaba presa. Y el tribunal accedió á tal demanda, viendo que el fraile traía pergaminos en regla que lo autorizaban como á experto teólogo, expedidos por el prior del su convento de San Cucufate Vallense.

Y el tal fraile no era otro que el buen conde Berenguer, que de tal se había vestido, habiéndole prestado su propio confesor las licencias que él al tribunal presentara.

En cuanto en la prisión hubo entrado, halló á la pobre emperatriz bañada en lágrimas. Y le dijo: «No temáis, señora, que pronto un caballero de marca y pendón viene en vuestra ayuda.» Y en tanto la

exhortó á la piedad y á la plegaria con un tal fervor y unción tanta, que la gentil emperatriz, tomándolo por un santo, pidió confesión, y contrita y de rodillas se puso á confesarle los pecados de que la conciencia le acusaba, que por cierto eran bien pocos y veniales.

Y así, en confesión, pudo cerciorarse el buen conde de que ella era inocente de todas veras, y cuál era el móvil de tanta calumnia.

Retirado que fué de la mazmorra, sin haber descubierto á su penitenta quién él fuese, y sí sólo haberle encomendado que rezara con fervor por el éxito de la lucha entre el fellón malsín y el leal caballero que para llegar estaba, fuése á vestir con su propio traje, revistiendo la su armadura y montando el su caballo, embargando escudo y empuñando lanza y llevando hacha y espada en el arzón, á más de la que colgaba de su cintura.

Y ya tocaba á su término el último día del nuevo plazo concedido, cuando se presentó al son de clarines y añafles, con un heraldo que le precedía llevando el pendón con las cuatro barras rojas sobre campo de oro.

Y fué esto en el mismo momento en que delante del tribunal formado y de pie el acusador, el verdugo ya se disponía á ejecutar la sentencia.

En cuanto vió á tan apuesto caballero entrar en liza, el menguado Wolfgango dióse priesa á montar el su caballo, embargó su escudo y se preparó al ataque. La gentil presencia y el bizantino esplendor del traje del buen Berenguer, del su caballo y de sus gentes, le hicieron sonreír creyendo estar enfrente de adversario poco temible por lo lleno de molicie. Así, á la somación del heraldo, aceptó el acusador el reto, y ambos partieron con las lanzas enristradas. Dió Berenguer en el escudo de su adversario, y éste en el de Berenguer, y saltaron las lanzas hechas astillas. Echaron mano ambos á las hachas de combate, y Berenguer cortó la del su contrario por el mango al ir éste á parar el golpe con ella; pero tan tremendo fué el golpe que le dió, que se le desmontó el hierro, cayendo al suelo junto con el de su adversario. Tiraron entonces de las espadas, y la lucha se prolongó por algún tiempo, tanta era la destreza de ambos, hasta que Berenguer, dando una vuelta ligera con su caballo, pilló á su adversario por detrás del flanco izquierdo, y sin darle tiempo para revolverse, le hundió la espada en el costado. Y una vez en el suelo, con la espada corta en la garganta, le hizo declarar su felonía.

El mal caballero, expirante, fué ahorcado. Y la emperatriz rehabilitada á son de clarines y entrada en triunfo en el imperial palacio.

Y cuando el emperador y la emperatriz quisieron conocer quién era el bravo caballero que había hecho prevalecer los derechos de la inocencia, Berenguer había ya desaparecido. Sólo mucho tiempo después supieron que era el noble conde de Barcelona quien ejecutara tan gran proeza. Y ambos vinieron á la condal villa á darle las gracias, siendo recibidos con gran regocijo en el palacio.

POMPEYO GENER.

(Dibujo de Triadó.)

LA CORONACIÓN DE S. M. EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA

A pesar del delicado estado de salud de Eduardo VII, verificóse el día 9 de agosto último la cere-



S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra

monia de su coronación con todos los requisitos de la etiqueta palatina.

Desde las primeras horas de la mañana, no obstante el tiempo lluvioso, una muchedumbre enorme invadía las calles que conducen á la abadía de Westminster, y á las ocho y media comenzaron á llegar á este templo magnates y pares, á quienes el gran chambelán recibía, designándoles los puestos que debían ocupar.

A las diez y media salió del palacio de Buckin-

gham la primera comitiva formada por los príncipes ingleses y extranjeros; poco después apareció la segunda, la de los príncipes de Gales, y detrás de ésta la gran carroza ocupada por los reyes, cuyo paso por las calles era saludado en todas partes con aclamaciones de frenético entusiasmo. El espectáculo que ofrecían aquellas comitivas era deslumbrador.

A las doce llegó á la abadía la carroza real, de la que se apeó primero la reina, la cual entró en el templo mientras los niños del coro entonaban el *Vivat Regina*; tres minutos después entraba lentamente por la gran nave el rey, siendo saludada su presencia con el himno *Vivat Rex Eduardus*. Delante del monarca iban el deán y los canónigos, los lores del Consejo y los obispos, precedidos por el arzobispo de Cantorbery, y los condestables y los pares, portadores de las insignias reales.

Los reyes ocuparon dos tronos en el estrado levantado en el centro del templo, al que subieron también el arzobispo de Cantorbery, el gran canciller, el gran chambelán, el gran mariscal y el gran condestable, y después de la presentación del monarca, hecha por el primero, los reyes se arrodillaron, dando entonces comienzo la ceremonia religiosa. El rey contestó á las preguntas del ceremonial y firmó el juramento, hecho lo cual le quitaron el manto carmesí que llevaba y le pusieron otro recamado de oro; sentóse luego en el trono de San Eduardo, en donde fué ungido por el arzobispo, recibiendo después solemnemente los símbolos del poder, que son el cetro, el globo, las espuelas, la espada, el cinturón y la daga, y los ornamentos imperiales. Finalmente el arzobispo le ciñe la corona, y en el mismo instante los duques, pares y nobles del reino se ponen las suyas, que unos pajes sostenían, mientras resuena en el templo un clamor inmenso del *God save the king!* (¡Dios salve al rey!), y se repiten fuera los cañonazos y el repique de campanas.

Inmediatamente recibió el rey de manos del deán la Biblia, que besó con respeto; entonóse á seguida el *Tedum*, terminado el cual todos los presentes, hincadas las rodillas, prestaron juramento de fidelidad al monarca.

El acto de la coronación de la reina se hizo en forma más breve y sencilla, y á las dos de la tarde concluyó la ceremonia.

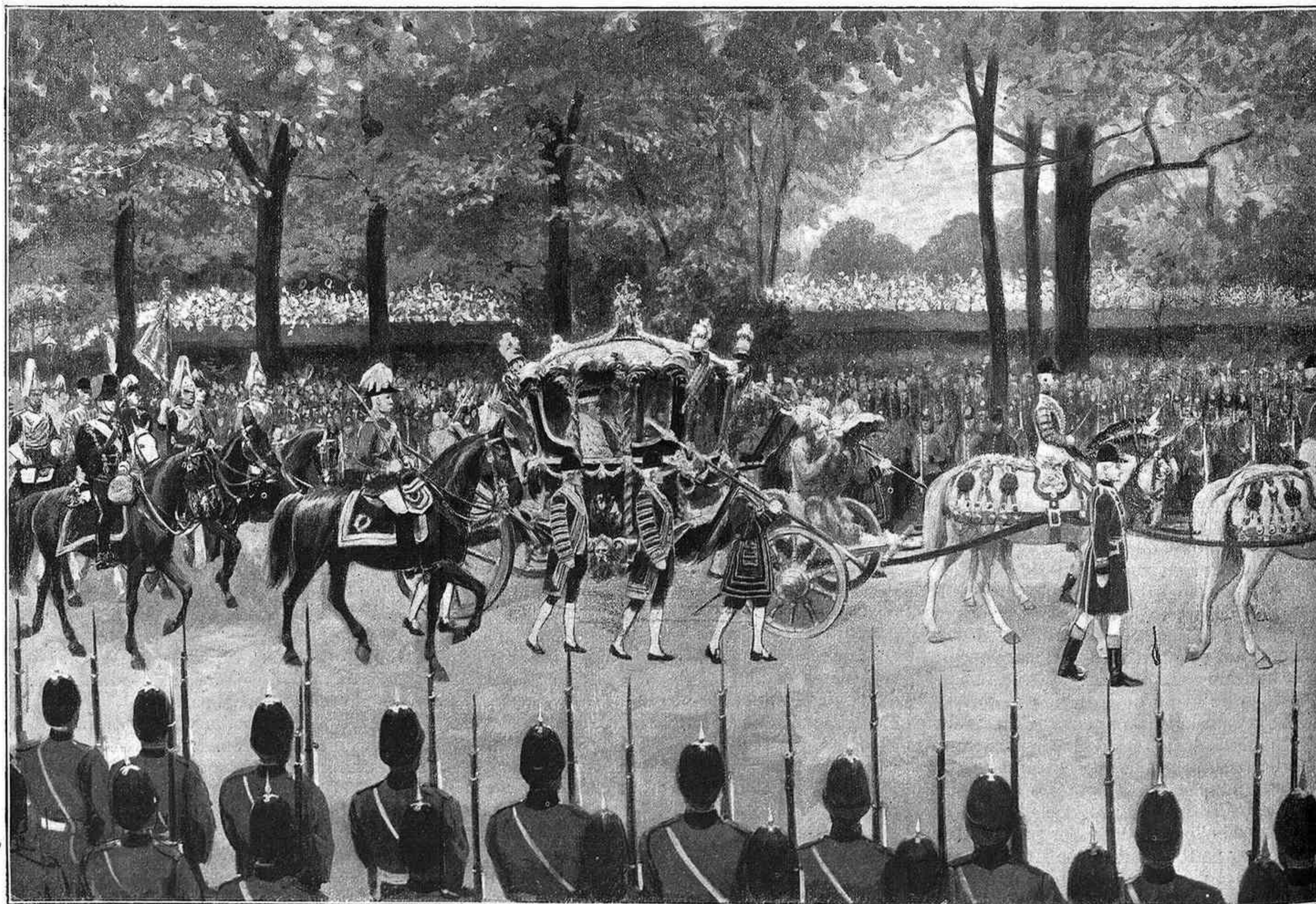
El regreso de la regia comitiva al palacio fué una verdadera marcha triunfal: los cañones dispararon



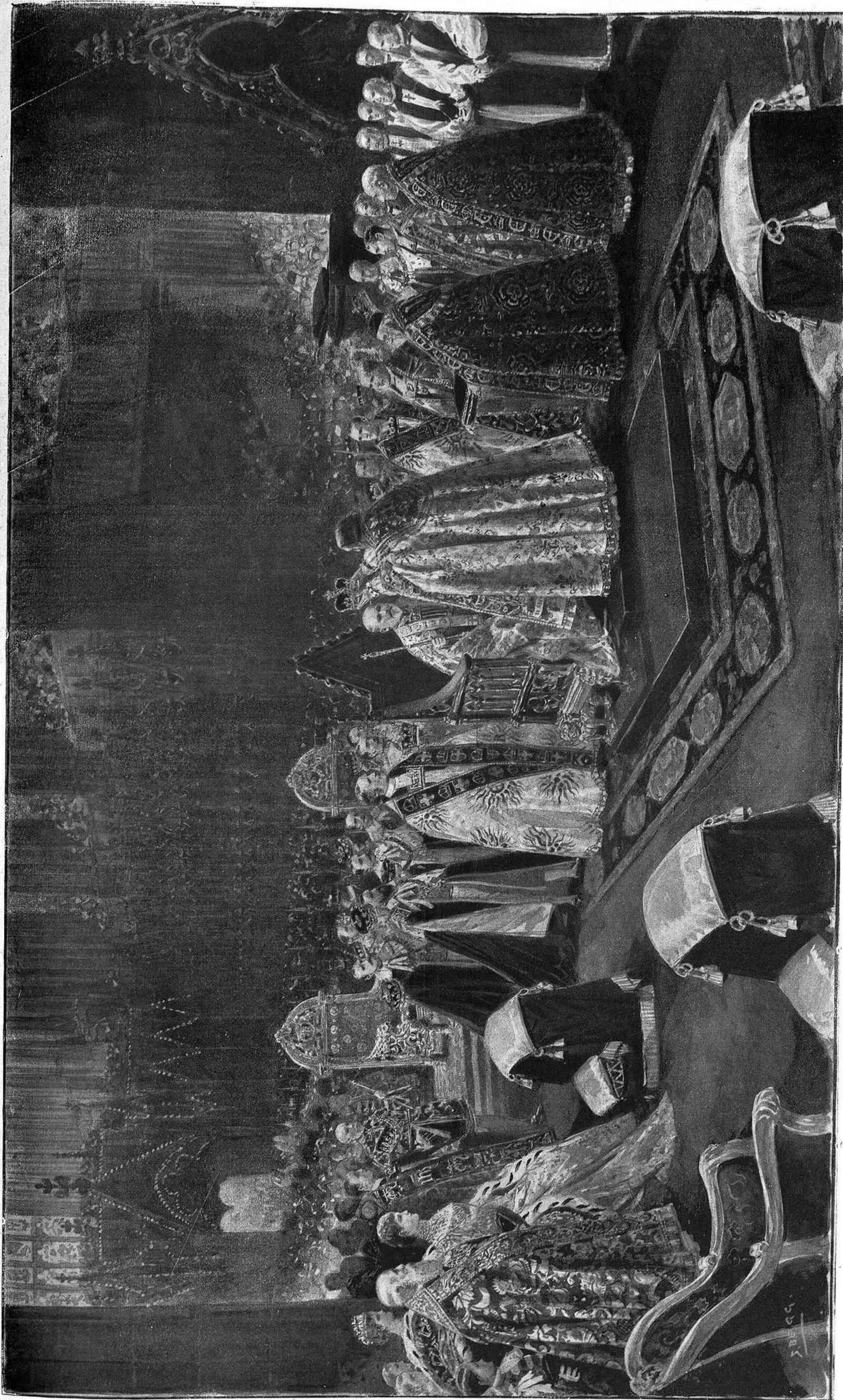
S. M. la reina Alejandra de Inglaterra

innumerables salvas, las músicas militares tocaron el himno *God save the king*, las personas que ocupaban las tribunas saludaban agitando sombreros y pañuelos, y la multitud aclamaba á los soberanos, tributándoles una ovación delirante.

Por la noche hubo espléndidas iluminaciones y se quemaron varios castillos de fuegos artificiales, multitud de músicas recorrieron las calles y la muchedumbre se entregó en todos los barrios de Londres á demostraciones de regocijo y entusiasmo. — X.



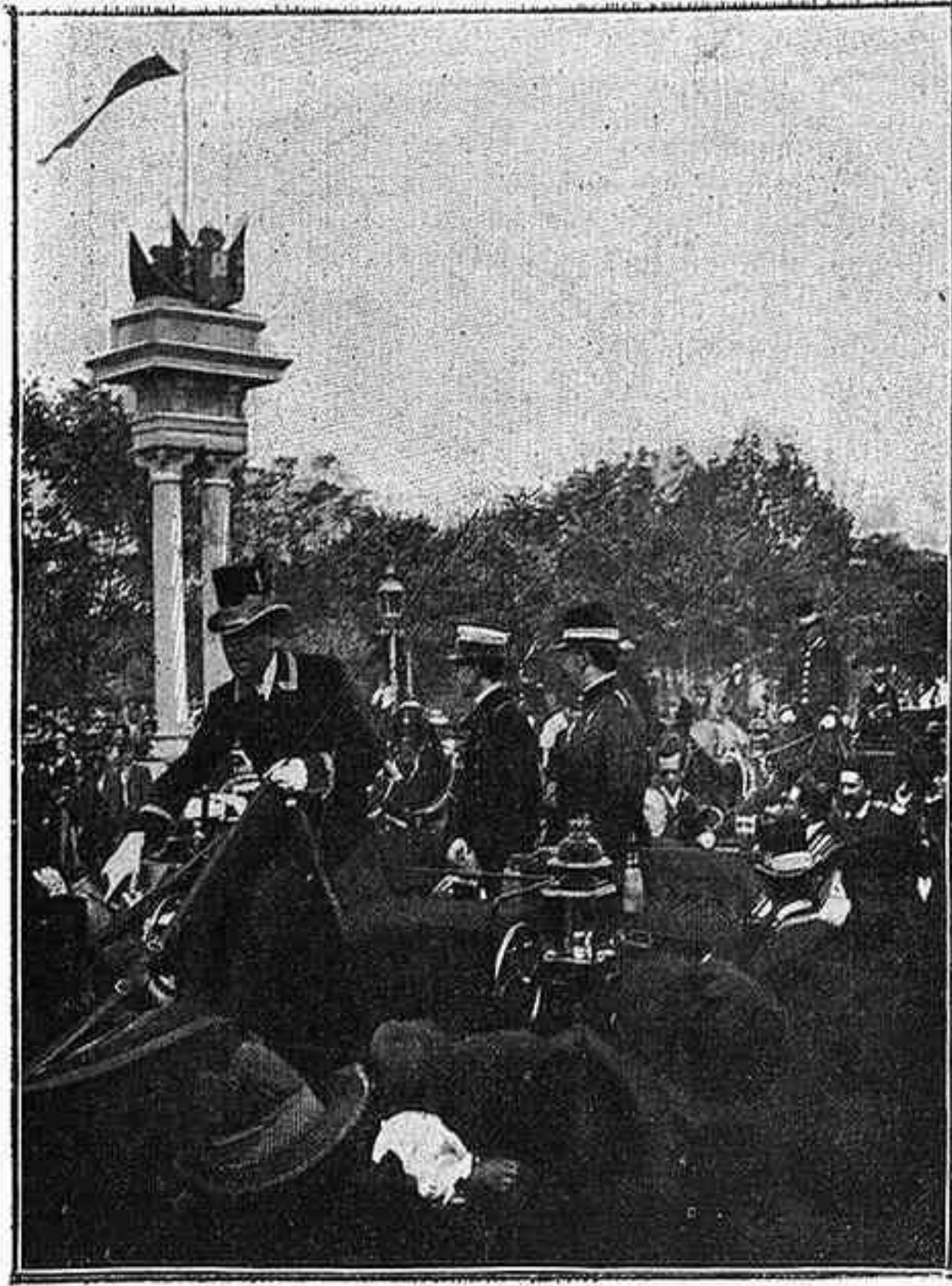
LOS REYES DE INGLATERRA DIRIGIÉNDOSE Á LA ABADÍA DE WESTMÍNSTER PARA LA CEREMONIA DE LA CORONACIÓN



La abadía de Westminster en el momento de ser coronado S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra. por el arzobispo de Cantorbery (dibujo del natural, por S. Begg)

ESPOSA Y AMANTE

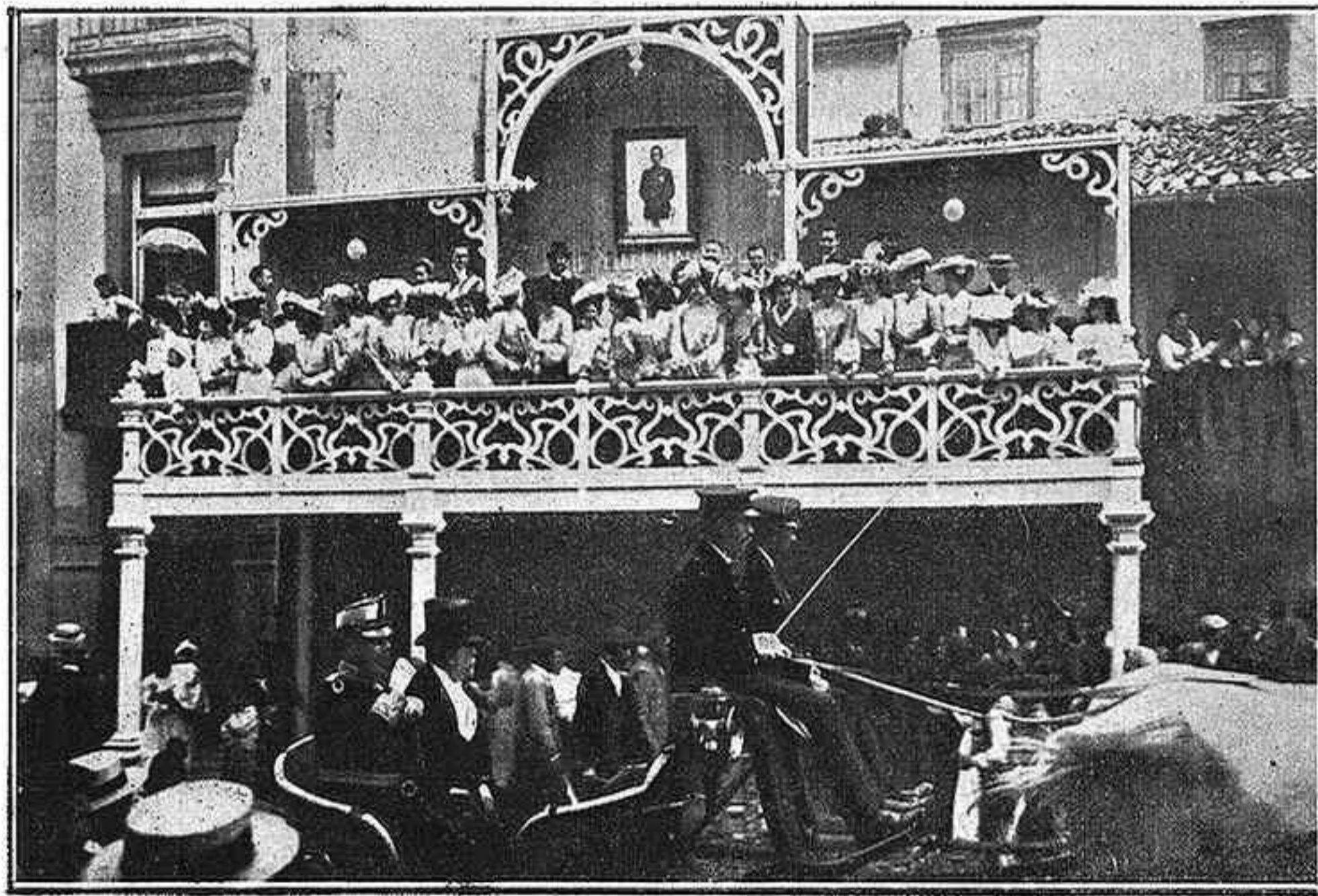
No era el marqués un mal marido, un libertino desenfadado; mas distaba mucho de ser modelo de fidelidad conyugal. Las tentaciones á que frecuentemente se hallaba expuesto; la facilidad que sus cualidades físicas, su nombre y su fortuna le daban para satisfacer pasajeros caprichos, el ejemplo de sus amigos y compañeros, la moda, el temor á un falso ridículo, constituían otras tantas causas de que olvidara con lamentable frecuencia el juramento ante



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. - Avilés. El rey y el príncipe de Asturias al entrar en la población (de fotografía de R. G. Duartex).

- ¡Bah! ¡Tonterías!.. ¡Pasajeros devaneos á los que no debe concederse importancia alguna!

Así lo fueron durante algún tiempo: hasta que Mina Salvatori, la famosa soprano, la bella cantante aclamada por los públicos de las principales ciudades del mundo, logró fijar, al parecer, con sus encantos aquel voluble corazón. El marqués hizo locuras por lograr la preferencia entre cuantos adoradores



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. - Avilés. - Tribuna del Bothing Club en la calle de la Cámara (de fotografía de R. G. Duartex)

asediaban á la diva, y cuando consiguió el triunfo consideróse el más feliz de los mortales. Durante ocho meses, no sólo renunció á toda otra conquista y rompió con las antiguas, sino que desatendió en tal grado sus obligaciones conyugales, faltó de tal manera á las más rudimentarias conveniencias, que el escándalo fué colosal.

Y Laura impasible; oyéndolo todo, enterándose de todo y sin salir de su indiferencia y su mutismo. Sólo una vez habló: el día del beneficio de Mina, para manifestar á su marido que aquella noche deseaba ir á la Opera. El marqués consintió, no sin tomar la precaución de indicar que se vería obligado á dejarla sola en los entreactos, pues tenía que tratar con un amigo cuestiones perentorias y de gran interés. Inútil es decir que su propósito consistía en pasar el mayor tiempo posible en el cuarto de su amante. Esto tenía para el marqués tanta mayor importancia cuanto que trataba de conseguir que Mina, su adorada Mina, como la decía y se complacía en decirse á sí propio, rompiera ulteriores compromisos y se consagrara á él, á él por entero.

Aquella noche el teatro se llenó de bote en bote; allí se había dado cita lo más selecto de la sociedad, ansiosa de tributar una ovación á la célebre soprano en su *serata d'onore*, que era también la de su despedida. Representábase *Aida*, una de las inmortales creaciones de Verdi; la compañía era de *primo cartello*, y los aplausos, los bravos, las llamadas á escena, fueron innumerables durante los tres primeros actos.

El último intermedio fué largo, pues todos los cantantes, y en especial la beneficiada, estaban fatigados. Los admiradores de Mina habíanse apresurado á visitarla durante los dos primeros entreactos, y tanto por ello como en vir-

tud de orden expresa de la cantante, sólo al marqués fué permitida la entrada al cuarto de ésta.

- ¿Cómo estoy esta noche, *mío caro?*, preguntó la diva al esposo de Laura echándole los brazos al cuello, después de haber tomado la precaución de cerrar la puerta.

- ¡Inimitable cual siempre y para mi desesperación!, repuso él.

- ¿Pero por qué?

- ¡Porque yo no quiero que nadie te admire, que nadie te aplauda, que nadie te alabe más que yo, yo solo!. Por eso te pido una vez más, y de rodillas, que me pruebes la verdad de tu amor renunciando al teatro, renunciando al arte para siempre... Quiero que huyamos del bullicio, que nos aislemos del mundo, que no me roben ni una de las inflexiones de tu voz, ni un gesto tuyo, ni una mirada...

- ¡Loco!, exclamó Mina con zalamería.

- ¡Sí! Loco, loco estoy, es cierto... Mira: durante el pasado acto no se podía apartar de mí la idea de que si me dieran á elegir muerte, escogería la de Radamés: ser enterrado en vida con la mujer amada, contigo, pues por ti daría, no una, sino mil existencias que tuviera...

Abrió la boca Mina para contestar á las ardientes frases del marqués, cuando se vió interrumpida por insólito desorden promovido en el escenario y seguido de estas alarmantes palabras pronunciadas por cien voces:

- ¡Fuego! ¡Fuego en la platea!

El marqués se puso en pie de un salto. Mina se dirigió á su tocador, abrió



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. - Avilés. - Arco de la Industria y el Comercio en la calle de la Cámara (de fotografía de R. G. Duartex)

el cajón y sacó apresuradamente los estuches que contenían sus alhajas; volvióse para huir en unión de su amante... ¡y se encontró sola!

Entonces no el temor, sino el despecho, arrancóle esta exclamación:

- ¡Cobarde!..

¡No! ¡Mil veces no! ¡No era cobarde el marqués!

Lejos de emprender la fuga por la puerta del escenario que daba á la calle, lanzóse con la rapidez del rayo á la puertecilla que ponía aquél en comunicación con la platea. Una fuga de gas, consecuencia de alguna rotura en la cañería, había iniciado el incendio en un palco próximo al del amante de Mina; las llamas habían tomado rápido incremento y el pasillo estaba convertido en una hoguera. A ella se arrojó el marqués, chamuscándose los cabellos y la ropa; penetró como una

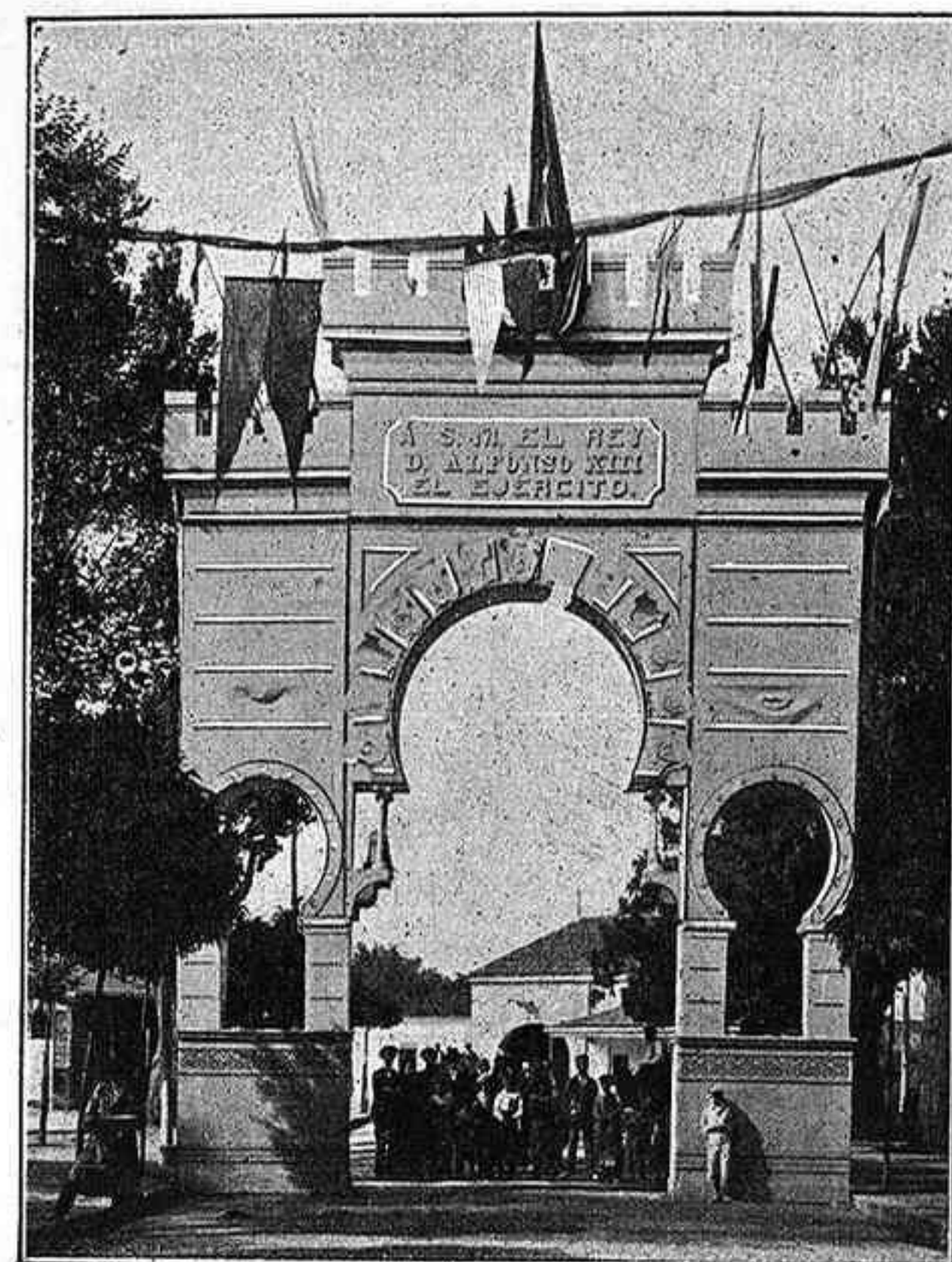
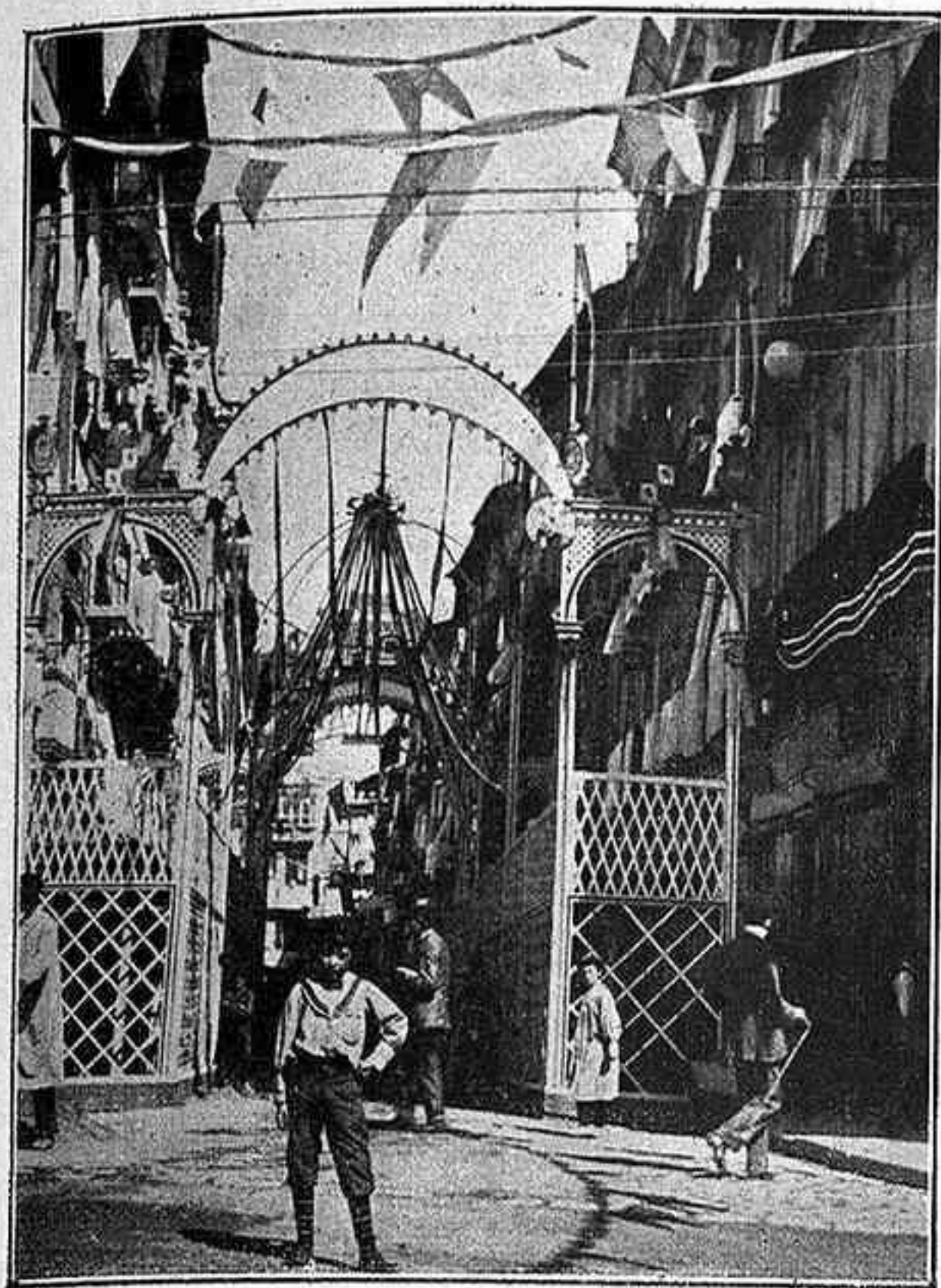
exhalación en su palco; apoderóse de Laura, que se había desmayado, y sosteniéndola con uno de sus robustos brazos, precipitóse en busca de la salida, para alcanzar la cual hubo de emplear enérgicamente la mano que le quedaba libre, pues la muchedumbre, alocada, presa de indescriptible pánico, se aglomeraba hacia las puertas, convirtiendo en obra de titanes lo que es habitualmente cosa tan fácil como breve.

Tras algunos minutos de lucha, hallóse el marqués en la calle con su preciosa carga, la depositó en el carruaje que estaba esperando y dió al cochero orden de volver á casa. Mina se había borrado por completo de su imaginación, á la que acudían en tropel un mundo de recuerdos. Pensaba en el día de su boda, cuando Laura, con el blanco traje, símbolo de su pureza, pronunció, ruborosa y sonriente á través



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. - Avilés. Tribuna del Casino y tribuna japonesa en la calle del Marqués de Teverga (de fotografía de R. G. Duartex).

de sus lágrimas, el sí que á los dos primos había unido en lazo indisoluble; cuando luego la madre de la desposada, llorando también, se había separado de la gentil pareja, diciéndole á él: «¡Es la hija de mis entrañas!.. Te la entrego confiando en que la harás feliz...» El lo juró así por su honor... ¿Cómo había



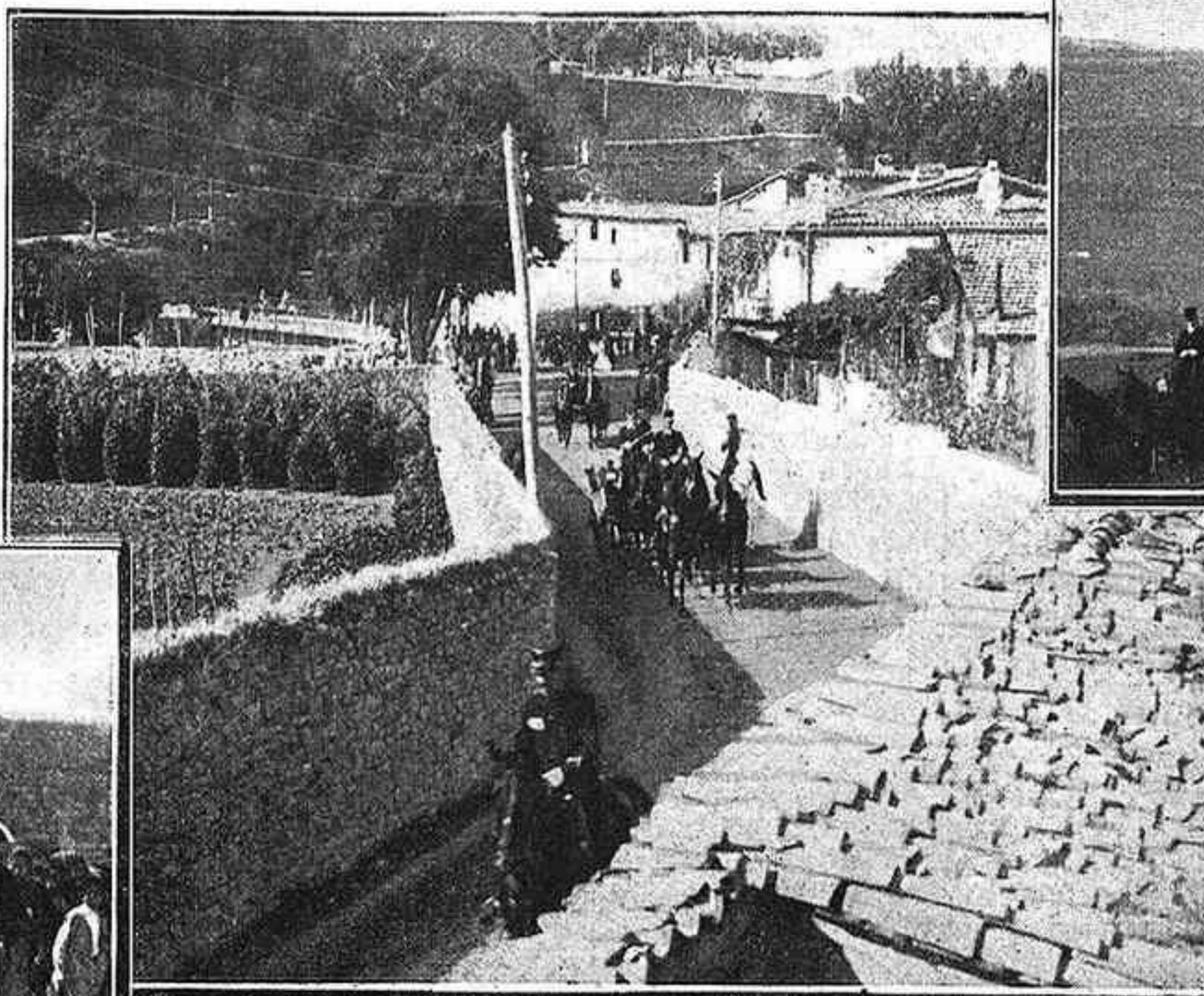
VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. - Pamplona. - Tribuna de la Cámara de Comercio. - Arco erigido por el Ayuntamiento. - Arco erigido por el Ejército (de fotografías de D. Antonio García Peña)

cumplido su juramento?.. Olvidando sus deberes, posponiendo su esposa á cien mujeres que valían infinitamente menos que ella, dejándola sola, entregada á sí misma, expuesta á las seducciones de una turba de calaveras como él, á toda clase de peligros... Y así había pasado un año y otro; en tal conducta había persistido hasta aquel momento... Pocos minutos antes, mientras él disfrutaba las impuras caricias de la cantante, ella, Laura, la honrada esposa, corría el riesgo de recibir la más horrible de las muertes...

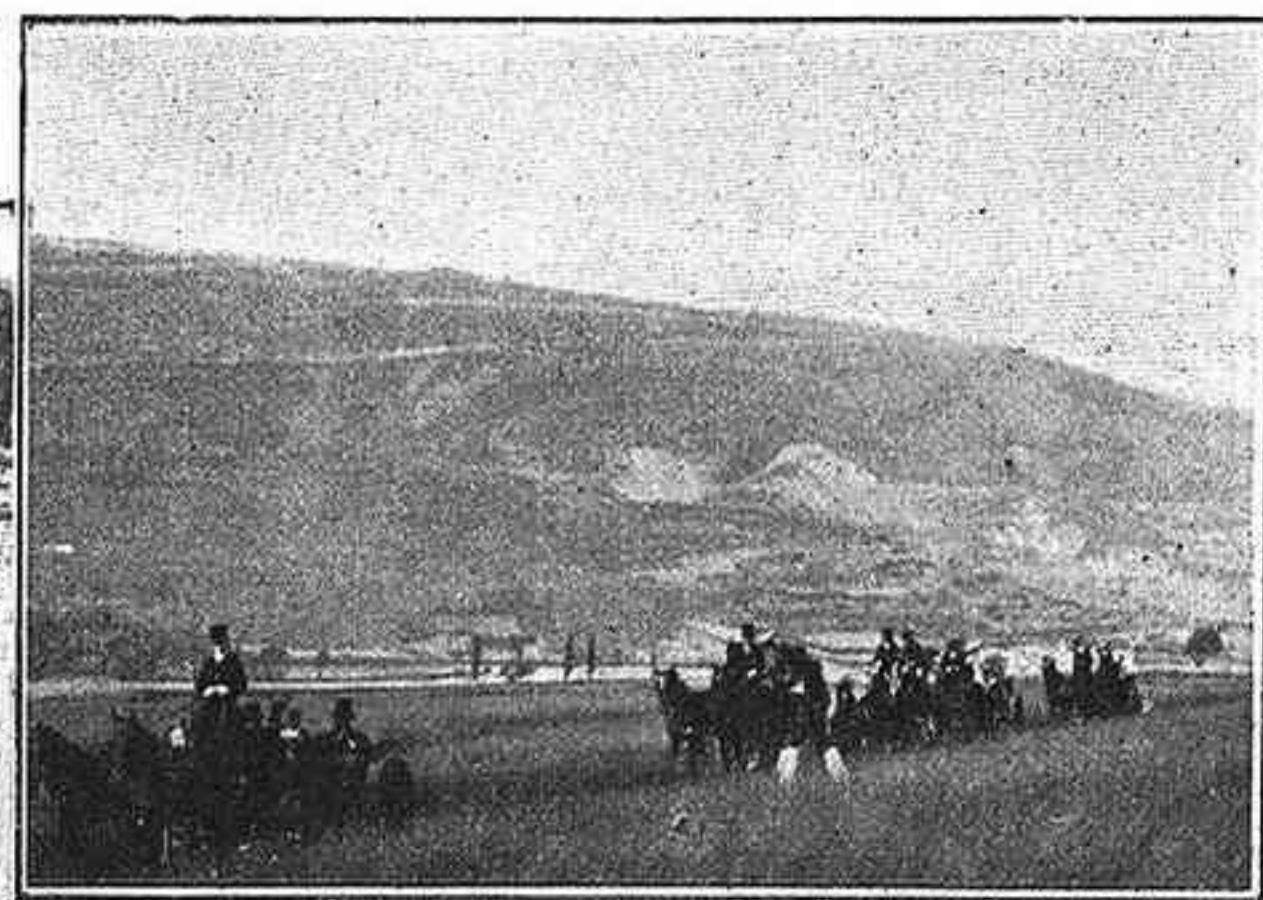
Imaginábase el marqués aquel hermoso cuerpo que tantas veces había estrechado entre sus brazos, convertido en una masa informe; aquellas delicadas facciones ennegrecidas por el humo, contraídas por el do-

Mina partió al día siguiente á San Petersburgo; pero antes trató de vengarse refiriendo á cuantos de ella fueron á despedirse la *cobarde conducta* de su amante. Las palabras de la tiple llegaron á

lleva mi apellido y la que me ayudaba á deshonrarlo, la elección no podía ser dudosa.



PAMPLONA. - El rey dirigiéndose al gran fuerte de Alfonso XII (de fotografía de D. Antonio García Peña)



El rey en el campo del tiro (de fotografía de D. Antonio García Peña)

La nueva luna de miel de los marqueses promete *ser eterna*, y Laura dice á las *buenas amigas* que en realidad la habían hecho pasar ratos crueles:

- Conozco á mi esposo desde que éramos niños y estaba segura de que en su ánimo no arraigarían las malas pasiones, de que acabaría por reconocer que sólo en el cumplimiento de nuestros deberes y en el seno de un hogar honrado y tranquilo reside cuanta felicidad nos es permitido disfrutar en la tierra.

EDUARDO BLASCO.



PAMPLONA. - S. M. el rey visitando las fortificaciones de la ciudad (de fotografía de D. Antonio G.ª Peña)

oídos de éste, que respondió encogiéndose de hombros:

- Es posible que tenga razón; pero entre la que

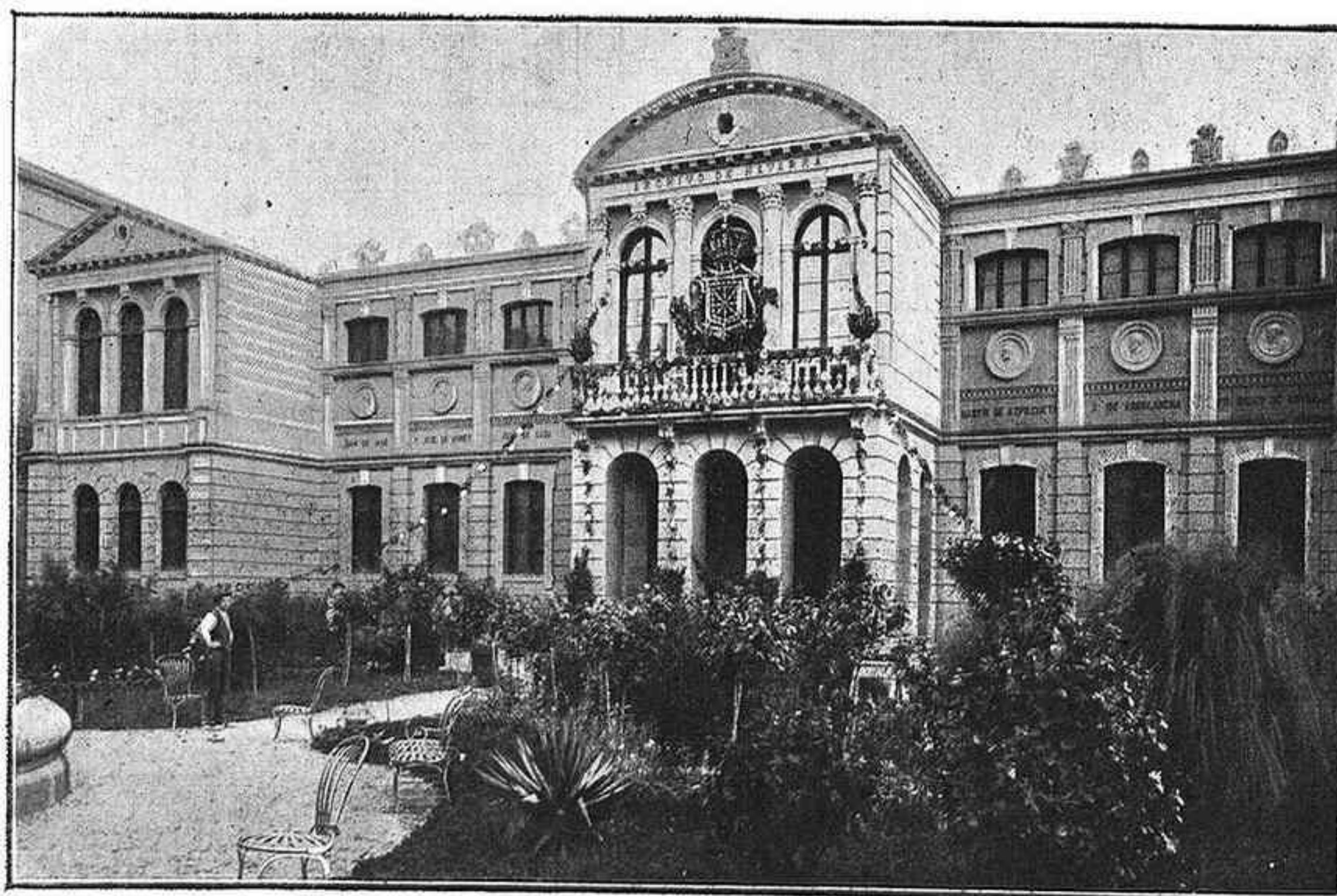
lor; decíase que el último pensamiento de Laura hubiera sido, en tal caso: «¿Dónde está el hombre que juró ser mi amparo? ¿Dónde está que no acude á protegerme, á salvarme?..» ¡Y acaso hubiera muerto despreciándole, porque su alma era demasiado piadosa para maldecirle!

Al cruzar tales ideas por la mente del marqués, éste se estremecía, inclinábase afanoso hacia Laura, cogía sus manos, las oprimía suavemente y la llamaba en voz queda, prodigándole los más dulces epítetos, reconociendo sus culpas y prometiendo la enmienda... ¡Era aquello una verdadera resurrección moral! El amor y el honor, dormidos en el fondo de un alma noble, acababan de despertar.

Paró el carruaje, y el marqués no quiso ceder á nadie el cuidado de conducir á su esposa hasta su lecho; en él la depositó y apresuró á enviar en busca de un médico; pero no fueron necesarios los auxilios de éste. Despojada de las prendas de ropa que la oprimían, la joven no tardó en volver en sí; al ver á su lado á su marido, tendióle una mano que él se apresuró á estrechar, y á la vez que su semblante tomaba inefable expresión de dicha, murmuró:

- ¡Ah! ¡Eres tú!.. ¡Ya estaba yo segura de que acudirías en mi auxilio!

El marqués premió estas palabras, reveladoras de inquebrantable confianza, con un apasionado beso.



PAMPLONA. - Palacio de la Diputación Foral de Navarra, donde se alojó S. M. el rey D. Alfonso XIII La fachada Este, donde está el Archivo, adornada y dispuesta para la iluminación (de fotografía de D. Julio Altadill)



ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

EL REGRESO DEL AMANTE, cuadro de Marcos Stone (derecho de reproducción de la Compañía fotográfica de Berlín)



ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

EN EL JARDIN, cuadro de E. Toudouze

NUESTROS GRABADOS

Busto de la emperatriz Isabel de Austria, obra de Roberto Weigl.—Desde que hace cuatro años murió villanamente asesinada en Ginebra la emperatriz Isabel de Austria, se han levantado á su memoria multitud de monumentos y se han modelado innumerables bustos y estatuas para perpetuar el recuerdo de la infortunada soberana. Una de las más recientes es la del escultor vienés Roberto Weigl, que publicamos, bellísima por su factura y por su originalidad: en ella, el rostro de la emperatriz, de hermosas y nobles facciones, se nos ofrece como aparición celeste, envuelta entre nubes, en medio de las cuales brilla una estrella; en el pedestal

ducciones del artista á que nos referimos, por cuyo motivo creemos estimarán exactas nuestras apreciaciones y merecidos nuestros plácemes.

S. M. la reina D.^a María Cristina en Munich.—El adjunto grabado es una nota íntima del viaje de S. M. la reina D.^a María Cristina y S. A. la infanta D.^a María Teresa, que creemos verán reproducida con gusto nuestros lectores. En él la augusta madre y la hermana de Alfonso XIII aparecen rodeadas de la infanta D.^a Paz, del esposo de ésta y de otros individuos de su familia, formando un grupo interesante. En Alemania, lo mismo que en Austria y en Francia, las ilustres viajeras han recibido marcadas pruebas de simpatía de

moderno. Mientras esto se discute, son cada día más numerosas las señales de que muchos monumentos de la ciudad de las lagunas están amenazados de ruina; así se observa que se van agrandando las grietas de la pared del palacio real y últimamente, después de una tempestad, han caído una ventana lateral y varias columnas de la iglesia de San Juan y San Pablo.

SAN PETERSBURGO.—Se ha inaugurado recientemente el monumento de la emperatriz Catalina, última obra monumental del famoso escultor ruso Antokolsky, recientemente fallecido en París.

ATENAS.—El gobierno griego se propone proceder á la restauración del famoso león de Queronea, habiendo encargado á la Sociedad Arqueológica que indique el escultor á quien podría confiarse esta obra. También ha acordado practicar grandes excavaciones en Eleusis, en el sitio en donde se levantaba el templo de Ceres, famoso por los misterios que en él se celebraban.

DUSSELDORF.—En la exposición de bellas artes últimamente celebrada, se han vendido obras por valor de 395.000 marcos (493.750 pesetas).

VIENA.—Para la adquisición de obras con destino á la Galería Moderna han señalado el Estado, el Ayuntamiento y la provincia de la Baja Austria pensiones anuales de 60.000, 30.000 y 20.000 marcos respectivamente.

Teatros.—En el teatro Lessing, de Berlín, se ha puesto en escena con éxito grandísimo *La dama duende*, de Calderón, traducida al alemán por Adolfo Wilbrandt.

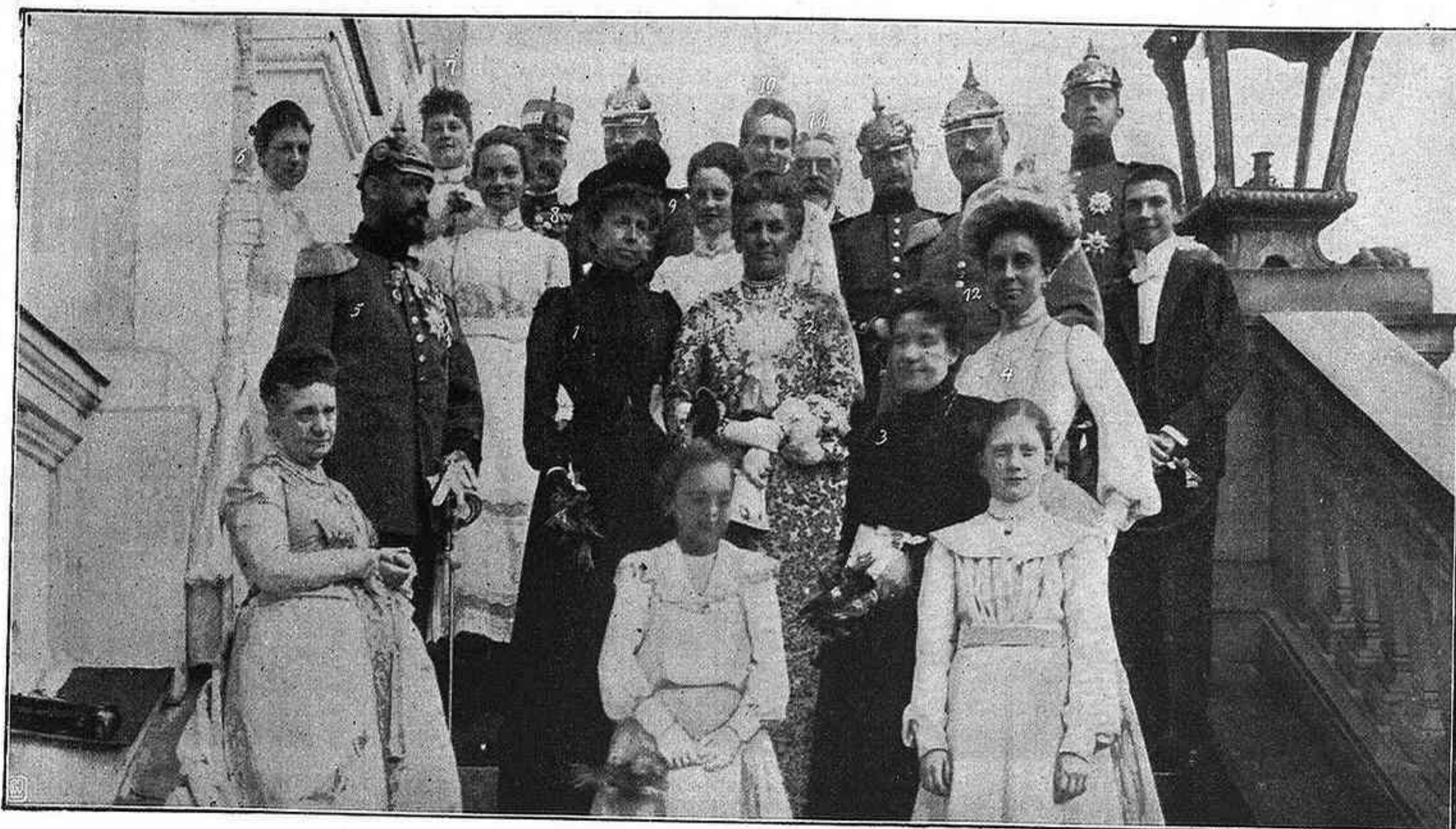
— En el antiguo teatro romano de Orange se ha representado con gran aplauso la tragedia de Sófocles *El rey Edipo*, habiendo desempeñado el papel de protagonista el famoso actor Mounet-Sully.

— En Turín se estrenará en la próxima temporada una ópera en un acto de Carlos Cordara, titulada *La tentación de Cristo*, en la que sólo figuran dos personajes, Jesús (tenor) y Lucifer (barítono).

París.—Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Cluny, *Pour ne pas l'être*, vaudeville en tres actos de Mauricio Darcy; en el Ambigu, *La fleuriste des Halles*, melodrama de Enrique Demesse.

Neurología.—Han fallecido:

- D. Jerónimo Roselló, notable poeta y escritor mallorquín.
- Marco Antokolski, célebre escultor ruso, miembro de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo.
- Jorge Genschow, pintor alemán.
- Wicziślaw, conde Ledochowski, cardenal, prefecto general de la congregación *De propaganda fide*.
- Juan Guillermo Mackay, millonario norteamericano á quien se conocía con el nombre de «rey de la plata.»
- Luis Beekmann, pintor y escritor alemán.
- Fernando Maas, pintor austriaco, ex profesor de la Escuela Real de Viena.
- Cayetano Negri, historiador italiano.
- Luis Sturz, pintor de género muniquense.
- Jorge Vibert, pintor francés, muy conocido por sus retratos de cardenales y escenas de claustro.
- Taco Mesdag, pintor holandés.
- Geskel Salomón, uno de los más eminentes pintores y eruditos artistas de Suecia, profesor de la Academia de Artes Libres de Estocolmo, fundador de varias colecciones notables y de la Escuela de Dibujo del Museo de Gothenburg.
- James Marshall, pintor de historia alemán.



S. M. LA REINA D.^a MARÍA CRISTINA EN MUNICH (de fotografía de M. Dietrich)

- 1. S. M. la reina D.^a María Cristina. — 2. La princesa Luis de Baviera. — 3. S. A. la infanta D.^a Paz. — 4. S. A. la infanta D.^a María Teresa. — 5. El príncipe Luis Fernando de Baviera. — 6. La princesa Adelgunda. — 7. La princesa Alfonso. — 8. El príncipe Luis de Borbón. — 9. El príncipe Francisco. — 10. La duquesa de Calabria. — 11. El duque de Calabria. — 12. El príncipe Alfonso.

hay un bajo relieve que representa un buque hundiéndose en el mar y el sol desapareciendo en el horizonte. El emperador Francisco José de Austria posee el original policromado de esta obra, de la cual ha hecho su autor multitud de reproducciones para la reina Isabel de Rumanía, para los archiduques Rainer y Luis Víctor, para el Ministerio de Instrucción Pública y para muchos individuos de la alta nobleza austriaca.

El regreso del amante, cuadro de Marcos Stone.—La ausencia del ser amado ha impreso hondas huellas en el rostro de esa hermosa joven y llenado de tristeza su alma: indolentemente sentada en el banco donde tantas veces se juraron amor eterno, á la sombra de aquellos árboles, testigos mudos de momentos de felicidad inefables, todo allí le recuerda al ausente. Su mirada vaga traduce sus pensamientos, que no se apartan un punto de la idea única que por completo la absorbe, y su semblante melancólico es fiel reflejo del sufrimiento que tortura su corazón... Pero al fin su amante ha llegado inesperadamente y se acerca silencioso al sitio en donde sabe que ha de encontrarla; sólo unos pocos pasos le separan de ella; dentro de un instante la estrechará entre sus brazos, y este instante bastará para trocar la pena en alegría, en risa el llanto, la muerte en vida. El notable pintor inglés Marcos Stone ha tratado esta escena con verdadera maestría: la actitud y expresión de la linda muchacha; la figura del amante, que parece detenerse un momento para mejor gozarse en la contemplación muda de su amada; el bosque, el estanque, el cielo, todo está intensamente sentido y admirablemente pintado, formando un conjunto que encanta y emociona, que habla tanto como á los sentidos al sentimiento.

En el jardín, cuadro de E. Toudouze.—En el número 1.077 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, á propósito del cuadro *Ensueño*, del mismo autor que *En el jardín*, expusimos las excepcionales cualidades que adornan al notable pintor francés Toudouze. El lienzo que hoy reproducimos es una nueva y elocuente prueba de lo que entonces afirmamos: Toudouze siente de un modo poderoso la belleza y es poeta tanto como pintor. Para sus obras acude principalmente á la inagotable fuente de la naturaleza, buscando en ella lo que emociona á los espíritus escogidos; es realista, sí, pero no elige más que la realidad bella, y apartándose de los procedimientos extremos, así de las minuciosidades de los detallistas, como de las manchas y deformaciones de los impresionistas, adopta un justo medio, y así puede ofrecernos figuras tan hermosamente concebidas y con tanta perfección pintadas como la que admiramos en el lienzo que en el presente número reproducimos.

Meditación, cuadro de Carlos Pellicer.—El bonito cuadro de caballete cuya reproducción figura en estas páginas, ha de considerarse como un discreto estudio del joven pintor catalán Carlos Pellicer, quien atestigua cada vez más los adelantos y progresos que realiza y su cualidad de aventajado discípulo de uno de los más distinguidos pintores de la vecina nación, á quien con tanta justicia se considera como meritorio maestro. Nuestros lectores conocen ya otras pro-

parte no sólo de los elementos oficiales, sino del pueblo en general, habiéndose visto agasajadas y aclamadas dondequiera que han ido.

BARCELONA. — FIESTAS DE LA MERCED

PROGRAMA OFICIAL

DÍA 23. — *Noche.* — Iluminaciones. Festivos en la Plaza de Cataluña y Plaza de la Constitución.

DÍA 24. — *Mañana.* — Solemnes oficios en la Merced. Reparto de bonos á los pobres.

Tarde. — Solemnidad taurina en la Nueva Plaza de Toros.

Noche. — Concurso de gigantes, enanos, etc... — Iluminaciones.

DÍA 25. — *Mañana.* — Solemne distribución de premios á la virtud por la Sociedad económica de Amigos del País en el Salón de Ciento.

Tarde. — Inauguración de la Exposición de Arte antiguo y salas del Museo Provincial. — Concurso de *Sport* á cargo de la Federación Gimnástica Española.

Noche. — Iluminaciones. — Fuegos artificiales.

DÍA 26. — *Mañana.* — Reparto de premios á los alumnos de las Escuelas Municipales.

Tarde. — Concurso de floricultura. — Fiesta Gimnástica.

Noche. — Conciertos por las bandas Municipal y Militares.

DÍA 27. — *Mañana.* — Concurso de coplas ampurdanesas.

Tarde. — Bailes populares, sardanas, rondallas, etc...

Noche. — Concurso de automóviles.

DÍA 28. — *Mañana.* — Revista y reparto de premios del Concurso de bomberos. Constitución de la U. N. de Bomberos.

Tarde. — Corrida de toros.

Noche. — Simulacro de incendio por el cuerpo de bomberos.

DÍA 29. — *Mañana.* — Fiesta ciclista á cargo de la U. V. E.

Tarde. — Regatas á cargo del Real Club.

Noche. — Iluminaciones. — Fuegos artificiales.

DÍA 30. — *Tarde.* — Regatas.

Noche. — Cabalgata Artístico-Industrial.

DÍA 1.º — *Tarde.* — Fiesta hípica. — Regatas.

Noche. — Fiesta marítima. — Fuegos artificiales.

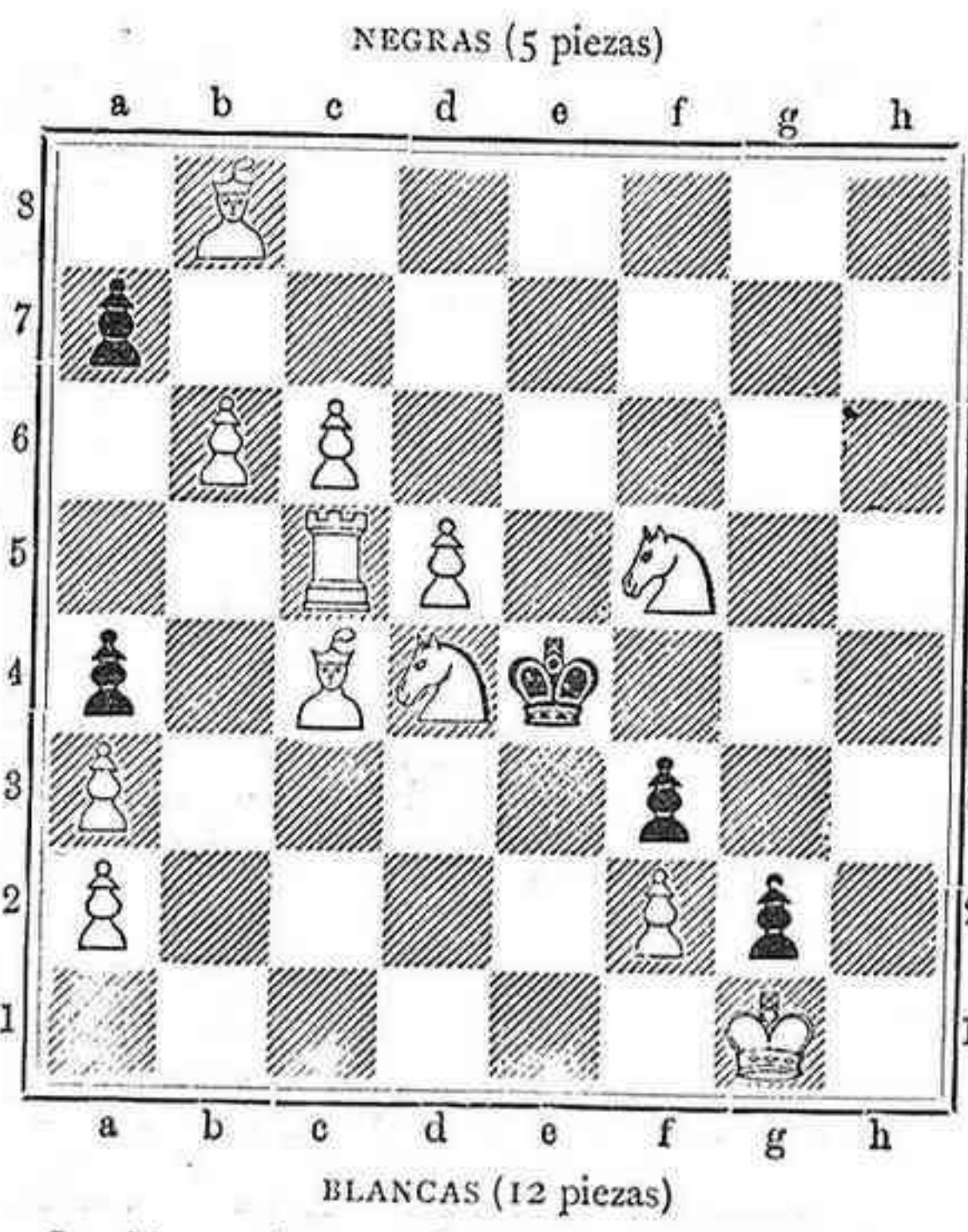
DÍA 2.º — *Tarde.* — Regatas.

Noche. — Gran Retreta militar.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— VENEZIA. — La reconstrucción del *campanile* está dando lugar á grandes discusiones, pues mientras unos quieren que se reedifique tal como era antes, otros sostienen que debe hacerse una construcción dentro del estilo

AJEDREZ
PROBLEMA NÚM. 293, POR F. HOFMANN.



Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 292, POR N. MAXIMOW.

- Blancas. 1. D a8—f8
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. C mat.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

- ¿Quieres decirme qué debo hacer? Creía haber hecho todo lo posible para contentarte, y sin embargo, me agobias con tus quejas.

- Has estado imprudente en grado sumo. No has procurado ni un momento ocultar tu antipatía por Odensberg, cuando tan sentido y quisquilloso se muestra siempre sobre este punto el padre de Enrique. Y ten en cuenta que es hombre que no perdona.

- Entonces, según tú, habré de hacer la comedia durante todas estas semanas y extasiarme ante este sitio horrible, más insoporrible aún de lo que creía. Me parece que estamos en una sepultura, á muchos millares de millas del mundo civilizado, enterrados entre montes y bosques... Y después... ¡vivir en medio del estrépito de las fábricas, entre los obreros y con la gente de esta casa! ¡Brrr!.. Ya has visto que son todos gente imposible, menos aquella niña... Mi señor suegro me parece un tirano que tiene á todo el mundo metido en un puño. Delante de él siento miedo. Cuando hemos llegado, me ha mirado como si quisiera leer en lo más hondo de mi corazón... ¡Qué hombre! ¡Y aquella fastidiosa tía de Ringstedt, con sus cumplidos y su dignidad! ¡Parece de piedra! Y luego la institutriz con su aspecto tétrico, y finalmente el tal amigo de infancia de Enrique, que me ha dicho cosas...

Y se calló en seco, arrojando el abanico sobre la mesa.

- ¿Qué te ha dicho?, preguntó Oscar con inquietud que contrastaba con la indiferencia con que hasta entonces escuchara á su hermana.

- ¡Oh! Con los labios nada, pero bien he comprendido aun aquello que no me decía. Si no fuese esta la vez primera que lo vemos, diría que nos conoce y que nos odia á entrambos; cuando me hablaba, su mirada tenía una expresión de hostilidad... ¿Has visto con qué ojos te miraba al decirte que os habíais encontrado en Berlín? Parecían dos puñales.

Wildenrod contempló estupefacto á su hermana; no había creído nunca que tuviese tanto espíritu de observación.

- Veo que lo has estudiado mucho; pero tienes razón, Runeck es muy fastidioso y acaso peligroso; es preciso tenerle á raya.

- ¡Pero yo aquí no resisto!, exclamó Cecilia cada vez más irritada. Me habías dicho siempre que Enrique me haría vivir en el gran mundo y me parece que aquí nadie piensa en ello. Se da como cosa convenida que viviremos en Odensberg, y así me lo han hecho entender en todos tonos. ¿De modo que casándome habré de renunciar á lo que hasta ahora ha sido mi vida? ¿Tendré que resignarme á aprender la vida casera y las virtudes domésticas bajo la simpática dirección de la tía Ringstedt y la sublime vigilancia de mi suegro, que en premio de mi buena

conducta me obsequiará con un paseito por los talleres? Una revista á los armarios de ropa blanca, una visita á las fraguas, ¡he aquí las orgías de esta existencia!

La amenaza produjo su efecto. ¡Privaciones, miseria!.. Sólo estos nombres hacían estremecer á Cecilia, aunque únicamente de nombre conociera lo que aquellas palabras significaban. A la sola idea de tener que renunciar á la vida regalada, elegante, que era su segunda naturaleza, la joven sintió que la sangre se le helaba en las venas y de repente faltóle el valor para oponerse, para resistir, é inclinó la cabeza, mientras su hermano proseguía:

- Hasta el presente he podido contentarte como se hace con los niños malcriados; pero ahora debo obrar de distinta manera: ahora exijo, ¿entiendes, Cecilia?... exijo que te metas á cuanto te diré que hagas. Todavía no estás casada, y el viejo Dernburg es hombre muy capaz de deshacer lo hecho si las cosas no le gustan; por esta razón has de procurar conquistarte su simpatía. Enrique es un hombre sin carácter que se doblega ante la voluntad del padre. Sé, pues, prudente. No quiero que por tu terquedad fracasen mis planes, que son mucho más importantes de cuanto puedas figurarte. Conque, Cecilia, ¡mucho cuidado! ¡Ya me conoces!

Cecilia miró tímidamente á su hermano; no era la primera vez que éste le imponía su voluntad, pero nunca lo había hecho con tanta seriedad, con tanta energía. La joven se sentía atemorizada y no pensó en replicar: sentóse junto á la mesa, y con los dedos se puso á golpear nerviosamente un libro que tenía cerca.

Después de una breve pausa, Oscar añadió con voz más dulce:

- La suerte que te espera volvería locas á millares de mujeres, y tú, en cambio, no tendrías reparo en rechazarla como si fuera un juguete que no te gustase... Ciertamente, no tienes un carácter calculador.

- En cambio el tuyo lo

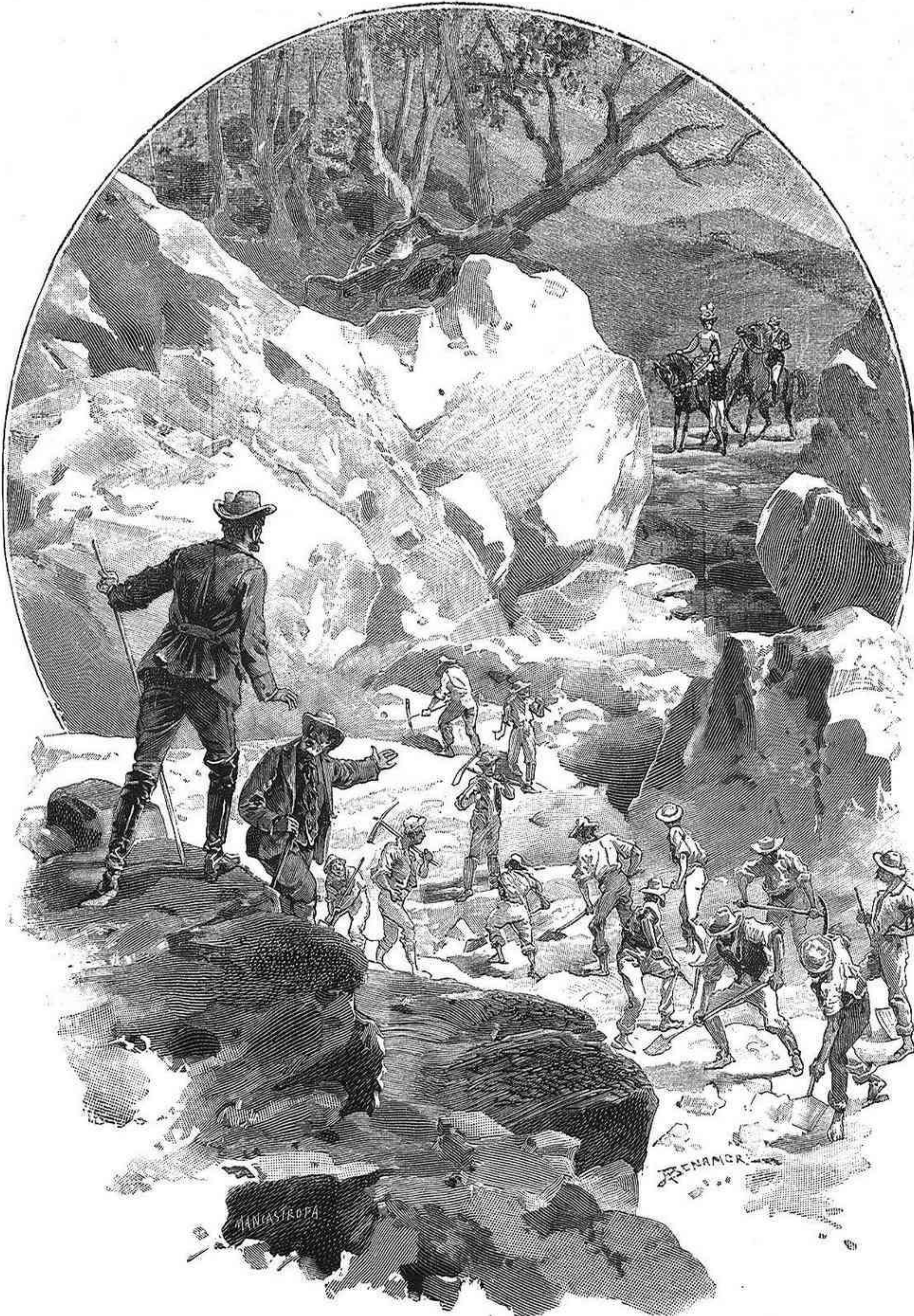
es, repuso Cecilia repentinamente y con enfado.

- ¿El mío?, exclamó Wildenrod con el semblante anublado. Has de saber que me he visto y me veo ahora mismo obligado á hacer muchas cosas que repugnan á mi carácter. El que como yo lleva doce años luchando con la vida, no tiene más que una mira, mantenerse á flote. Da gracias á Dios que te ha ahorrado esta existencia, y dámelas también á mí, que antes de hacértela conocer te conduzco al puerto á salvo. Entrás en una familia respetabilísima; serás dueña de incalculables riquezas, y para tu futuro marido no hay mayor felicidad que satisfacer todos tus deseos: me parece que es bastante.

- ¿Y tú qué harás cuando yo esté casada?, exclamó Cecilia, que no había comprendido bien la primera parte del discurso de su hermano.

Este volvió el rostro, iluminado de pronto por una sonrisa ligera, extraña, y mirando á Cecilia respondió:

- ¡Ya lo veré! Pero está tranquila; no pienso vivir



Al otro lado de la zanja estaban Enrique Dernburg y Cecilia de Wildenrod, que iban á caballo

- No se trata ahora de tu gusto, Cecilia, se trata de una necesidad, dijo Oscar con aspereza. Creo habértelo dicho bastante claramente cuando aceptamos la invitación: se trata de vivir. Te lo dí á entender cuando te prometiste, aunque habría dado cualquier cosa por ocultarte la verdad; pero ha llegado el momento de que conozcas nuestra situación. Hemos perdido cuanto teníamos, sin que ahora importe que sepas cómo ni cuándo; hasta aquí he logrado sostener una existencia brillante, y yo solo sé á costa de qué sacrificios; pero estamos en el instante en que carecemos de todo, en que la ruina nos mira frente á frente. Sí, en este punto nos encontramos, Cecilia; y si por capricho rechazas el porvenir de riqueza que te he procurado, pues he sido yo quien te ha conquistado ese novio, si pierdes este porvenir, también pierdes todo derecho á lo que llamas tu existencia; si desprecias la vida casera de Odensberg, considera que te aguarda una vida de privaciones, de miseria: acuérdate de esto que te digo.

de la limosna de mi hermana, pues este papel no se ha hecho para mí. Y ahora, hija mía, buenas noches; sé prudente en adelante y no digas que estás á disgusto en Odensberg. Espero que no necesitarás una segunda advertencia.

Y besando en la frente á la joven, entró en su cuarto, que estaba junto al salón.

Era una habitación grande, ricamente amueblada y alumbrada como toda la casa con luz eléctrica. Oscar miró en torno suyo, y luego se dirigió á la ventana y la abrió. Un silencio profundo reinaba alrededor del edificio; el aire se había calmado, pero allí abajo, en los talleres, no dormía completamente la vida poderosa, incesante, que se agitaba durante el día. En medio de la noche silenciosa, oíanse distintamente los ruidos de las fábricas, que ni siquiera en aquella hora interrumpían su trabajo: distinguíanse resplandores de fuego y chispas que se escapaban de las gigantescas chimeneas, y sobre los hornos de fundición se veía alzarse subiendo al cielo sin estrellas las inmensas nubes de humo iluminadas por las rojas claridades del fuego de los hornos. Todo aquello formaba un conjunto imponente.

Así lo juzgaba Oscar de Wildenrod mientras de pie y con los brazos cruzados contemplaba aquel espectáculo. La admiración por él manifestada al dueño de Odensberg no era fingida, sino que expresaba sinceramente su pensamiento.

— ¡Ser dueño de todo esto!, murmuraba entonces. ¡Gobernar por sí solo hombres y cosas! Aquel hombre parecía un príncipe cuando esta mañana nos recibió en la puerta de su casa. ¡Y lo es en realidad, príncipe y señor!.. Pero este poder no le da la embriaguez que yo sentiría, añadió irguiéndose altivamente.

Después una expresión más dulce animó su semblante.

— ¡Qué hermosa criatura es Maya! Pura, ingenua... Y en su mano está la otra mitad de este poder, de esta riqueza.

Y al decir esto apoyó los codos en el alféizar de la ventana y con las manos se oprimió la cabeza, que le ardía.

Pensamientos inquietos, atrevidos, agitaban el alma del hombre ambicioso; el jugador temerario no se sentía satisfecho con una sola jugada afortunada; la segunda, el golpe maestro, se lo reservaba para sí. Ciertamente Oscar de Wildenrod no era hombre para vivir de la limosna de su hermana.

Tampoco Cecilia se había acostado todavía, sino que se había quedado en el saloncito, echada en la butaca, sin mover más que las manos para deshojar las rosas amarillas que se había quitado del pecho. Aquellas flores que á su llegada le había dado Enrique eran hermosas, de un amarillo pálido, y recordaban el día en que se habían prometido en Niza... Las hojas arrancadas, marchitas, cubrían el vestido de la joven y la alfombra; pero Cecilia no se fijaba en ello, absorta como estaba en sus pensamientos. Miraba en el vacío como si ante ella surgiese una triste visión; quizás una visión tétrica, porque abría un surco profundo ante sus ojos y comunicaba á su mirada una llama salvaje. En aquel momento, Cecilia de Wildenrod se parecía á su hermano.

VI

La próxima boda de Enrique Dernburg con la baronesa Cecilia de Wildenrod fué anunciada oficialmente, sorprendiendo en gran manera á los amigos y conocidos de la familia, los cuales habían creído que también en esto el Sr. Dernburg habría escogido por sí mismo la novia de su hijo, imponiéndosela á éste, y se enteraban ahora de que Enrique había obrado por su propia voluntad, sin pedir permiso ni consejo. Pero cuando hubieron admirado la belleza de la noble desposada y conocido sus cualidades financieras, todos encontraron muy aceptable el partido, y por ende, natural el consentimiento del padre.

Por de pronto Cecilia no podía acusar á Odensberg de alejamiento del mundo civilizado: el solo anuncio de su boda llevó á la tranquila casa de Dernburg un gran movimiento de vida mundana. Los dos novios hubieron de visitar á los grandes propietarios de la provincia, y hubo invitaciones, recepciones y fiestas en honor de la hermosa Cecilia, la cual en todas partes obtenía triunfos entusiasmados. Era una suerte que Enrique no tuviera el defecto de ser celoso; al contrario, experimentaba gran satisfacción viendo á su prometida contenta, radiante de gozo. Aquella criatura frívola no echaba entonces de menos la vida que había dejado y disfrutaba de todas las ventajas de su nueva posición.

También el barón estaba satisfecho: su noble aspecto y su conversación excepcional le conquis-

taban á todos aquellos á quienes quería conquistar, y en aquella sociedad era acogido, en su cualidad de futuro pariente de los Dernburg, más cariñosamente de lo que acostumbraba á serlo. En poquísimo tiempo supo alcanzar un puesto elevado entre aquella gente, y Oscar de Wildenrod sabía conservar el puesto conseguido.

En el entretanto, los trabajos de Radefeld avanzaban, gracias al empleo de todos los medios posibles. Los obreros estaban alojados todos en la aldea, y allí había ido á establecerse, para no perder tiempo, el ingeniero, director de las obras, el cual no salía de Radefeld sino dos veces á la semana para ir á Odensberg á llevar sus informes al Sr. Dernburg.

Radefeld es una pequeña aldea situada entre bosques, con pocas casas y sin comodidad alguna. El alojamiento de Egberto era muy primitivo, constando únicamente de dos pobres y reducidas habitaciones en casa de unos labriegos, apenas provistas de los más estrictamente necesario; pero el joven ingeniero no era nada exigente, y con tal de tener consigo sus libros, sus planos y sus dibujos, en todo lo demás se acomodaba como podía.

Generalmente Runeck se iba muy temprano al sitio de las obras; una mañana, sin embargo, encontrábase todavía en su casa porque había recibido una visita de la capital. El visitante era un hombre de unos cincuenta años, de facciones enérgicas y ojos negros; estaba sentado en el viejo sillón, único lujo de aquella estancia, y hablaba con Egberto. La conversación debía de haber sido muy grave é importante.

— He de preguntarte además, decía el forastero, por qué vas tan pocas veces á la capital; hace algunas semanas que no pareces por allí, y cuando hemos de decirte algo tenemos que venir á buscarte.

— ¡Tengo tanto que hacer!, respondió Enrique, que con el semblante anublado estaba delante de la ventana. Ya ves cuán metido estoy en el trabajo.

— ¿Trabajo?, preguntó el otro irónicamente. Yo creía que nuestro trabajo era más necesario que estas excavaciones en los bosques. Veo que el plano lo has hecho tú. ¿Quieres todavía hacer ganar á tu principal otro millón para que lo añada á los muchos que ya tiene?

— No se trata de esto, sino de un deber que debo cumplir, respondió Runeck secamente. Es un trabajo que habría correspondido al ingeniero jefe; por esto he de mostrarme digno de la confianza del que me ha llamado en su lugar.

— Para tenerte encadenado en Radefeld y para que no fueras peligroso en Odensberg. Hay que confesar que el viejo no es tonto y que sabe arreglarse bien las cosas.

— ¡Landsfeld, dejemos esto!, exclamó Egberto con impaciencia. Dernburg está enterado por mí mismo; me llamó para tener una explicación y le expuse francamente mis ideas, y cuando creía ser despedido de la casa, me confían, por el contrario, los trabajos de Radefeld.

Landsfeld se estremeció y clavó su mirada penetrante en el joven ingeniero.

— ¡Es extraño! ¡No me parece cosa del viejo! ¡Hum! O está locamente enamorado de ti ó te prepara una emboscada... Y tú, ¿por qué has tenido esa explosión de sinceridad tan inoportuna? Ya verás como ahora no te dejan estar libremente en Odensberg. Te has portado como un niño.

— ¿Acaso he de negar la verdad?, preguntó Egberto frunciendo la frente.

— ¿Por qué no, si es conveniente?

— Entonces buscad á otro más experto que yo en mentir. Considero una vileza ocultar las propias opiniones, negar al partido á que se pertenece, y por esto obro según este criterio.

— Es decir, que haces lo que se te antoja y mandas al diablo todas las prescripciones. Amigo mío, tu campo de operaciones ha de ser Odensberg; has de ponerte en contacto con los compañeros que allí tenemos; y en vez de esto, te vienes aquí á dirigir la conducción de aguas y te dejas engañar por tu amo. Sin embargo, bien sabes por qué te hemos enviado á esta comarca.

— Y tú sabes también que siempre me negué á venir y que no habría venido ni siquiera ahora, si á ello no me hubiese obligado una orden de la Dirección de la sociedad.

— ¡Ya lo sé! ¿También le has contado esto á tu jefe?, preguntó Landsfeld bruscamente.

— No, respondió Runeck con frialdad. No, Dernburg atribuyó mi regreso á otros motivos y le dejé en su error. Pero ten la seguridad de que por mi voluntad no habría vuelto, y ahora veo que no puedo permanecer en Odensberg. Mi posición es insostenible, imposible, ya lo preveía.

— Y sin embargo, has de quedarte, repuso Lans-

feld secamente. Este Odensberg es una fortaleza inexpugnable que resiste á todos los ataques. Aquel viejo tunante ha domado á toda su gente á fuerza de escuelas, hospitales, y cajas de pensiones, y ahora todos temen perder estas ventajas y sobre todo tienen un miedo terrible á su amo ¡Viles! Cuantas veces hemos probado, siempre ha sido inútil... El viejo les ha puesto en guardia contra nuestros agitadores y no hay modo de convencerles. Pero tú eres hijo de obreros como ellos, entre ellos has crecido y al mismo tiempo estás en excelentes relaciones con el jefe; por esto á ti te escucharán, y cuando llegue el momento oportuno te seguirán sin vacilar.

— ¿Y con qué objeto?, preguntó Runeck taciturno. Ya os lo he dicho más de una vez: es inútil que contéis con Odensberg. Dernburg no es hombre que se deje imponer, le conozco; es bastante rico para poder soportar cualquier pérdida, y antes que ceder un ápice cerrará todos los talleres.

— Por esto es preciso destruir en él la fe que tiene en su propia infalibilidad y hacerle ver que mientras él, el dios del oro, está en grato coloquio con sus millones...

— ¡Eso no es verdad!, exclamó con energía Enrique interrumpiéndole. ¡Demasiado sabes que es mentira eso que dices! Dernburg trabaja ahora más que tú y más que yo, y tiene una fuerza, una resistencia enorme, hasta el punto de dejar atrás á los jóvenes. Su descanso, sus diversiones, los busca en el seno de la familia; su vida se reduce á estas dos cosas: familia y trabajo. Y te lo digo por última vez: no tolero que en mi presencia se calumnie á ese hombre.

— ¡Ah! ¡Qué lenguaje es este!, exclamó Landsfeld también irritado; ¿te pones de su parte y en contra nuestra? Se ve que la vida de señor, una vez gustada, hace á los hombres muy mansos.

— Ten cuidado Landsfeld, y procura que no haya de demostrarte que esa mansuetud no reza conmigo, respondió Enrique más tranquilo, pero siempre con acento amenazador. Te repito que no tolero estas cosas, porque nada tienen que ver con las nuestras; por consiguiente, ó te callas estos ataques personales contra Dernburg, ó...

— ¿O qué?

— O no voy más á tu casa y sabré impedir que en la mía se emitan conceptos que no quiero oír.

— En buenas palabras, me arrojas de aquí, dijo Landsfeld encogiéndose de hombros. ¡Eres muy amable! ¡Te portas como un buen compañero! Pero no reñiremos por esto, que entre nosotros no es costumbre gastar cumplidos. Y ahora dime: ¿asistirás á nuestra próxima reunión?

— Sí, respondió Egberto con rabia.

— Bueno, confío en ello. Se tratarán asuntos importantes; esperamos á dos correligionarios de Berlín, y habrán de tomarse muchas resoluciones. Además se te interrogará acerca de las causas de tu inercia. Conque, hasta la vista; hasta la semana que viene.

Y con un ademán de cabeza salió; pero cuando estuvo fuera, volviéndose para lanzar una mirada terrible hacia la casa.

— ¡Ah, si no nos fueras necesario!, murmuró. ¡Si no fueses indispensable aquí por lo que se refiere á Odensberg! Pero ¡aguarda, muchacho, que no te ha de salvar tu altivez!

Egberto, solo en su habitación, de pie, con los puños apretados y el rostro contraído, sostenía en su interior una lucha terrible. De pronto, dió una patada en el suelo, como si con ello quisiera dominar el tumulto de su alma y exclamó:

— ¡Lo he querido y debo soportarlo!

En el valle de Radefeld, antes tan tranquilo y silencioso siempre, resonaba ahora el estrépito de los obreros en pleno trabajo. Por todas partes había hombres excavando, abriendo zanjas y minas; aquí se derribaban árboles seculares, allí se arrancaban malezas y matorrales y se hacían saltar rocas. Los trabajadores habían llegado ya al pie del Buchberg y se disponían á comenzar la perforación del túnel.

Runeck, aquel día, se había retrasado, pero se puso en seguida á trabajar, dirigiendo desde una altura á un gran número de mineros. A una orden suya, los obreros se retiraron de la boca de la mina; se oyó una explosión sorda y la roca quedó partida, siguiendo una parte en pie, mientras la otra se precipitaba con gran estrépito haciendo temblar la tierra á su alrededor bajo el peso inmenso de aquella mole que rodaba por la pendiente.

Disolvióse el grupo que formaban los obreros en torno de Runeck, y éste se disponía á abandonar su puesto para ver de cerca la obra destructora, cuando se le acercó un viejo trabajador diciéndole:

— Señor ingeniero, ahí vienen los señores de Odensberg.

Egberto levantó los ojos esperando ver el coche de Dernburg, quien á menudo se presentaba allí para inspeccionar la marcha de los trabajos; pero de pronto se estremeció tan brusca, tan violentamente, que el anciano obrero le miró asombrado.

Al otro lado de la zanja estaban Enrique Dernburg y Cecilia de Wildenrod, que iban á caballo; el criado que les acompañaba había echado pie á tierra, y tenía de las bridas á los dos hermosos alazanes que con la explosión del barreno se habían asustado. Egberto, repuesto de su sorpresa, salió al encuentro de los novios; Enrique le tendió la mano afectuosamente.

— Ya lo ves; hemos cumplido la promesa y hemos venido á sorprenderte sin anunciarnos. ¿Nos permites dar un vistazo á tus dominios?, preguntó saltando de la silla.

— Estoy á sus órdenes, respondió Egberto, inclinándose delante de Cecilia, que descabalgaba ligeramente, sin apenas tocar la mano de su prometido.

— Por el camino nos hemos detenido en Radefeld y nos hemos tomado la libertad de mirar su casa desde la ventana, dijo Cecilia. ¡Dios mío, qué horror! ¿De veras piensa pasar en ella todo el verano?

— ¿Por qué no? Nosotros los ingenieros estamos acostumbrados á una vida errante y por esta razón nos adaptamos á todo.

— Pero en Odensberg tienes tu casa cómoda y puedes disponer del carruaje. ¿Por qué, pues, no vives en Odensberg y vienes aquí sólo á las horas del trabajo?, preguntó Enrique.

— Porque yendo y viniendo perdería tres horas cada día. Tengo en Radefeld todos mis papeles y mis libros; lo demás no me importa.

— Ya lo sé, repuso Enrique suspirando. Eres un verdadero espartano en lo físico y en lo moral. Quisiera parecerme á ti..., pero es inútil pensar en ello: la Riviera me ha acostumbrado mal y ahora lo pago, añadió estremeciéndose.

La excursión á caballo le había fatigado más de lo que él quería confesar, y su rostro pálido y abatido indicaba claramente que sufría.

Tal vez por el contraste, la hermosa joven parecía á su lado más fresca y más bella que de ordinario. Por el camino se había aburrido, porque, acostumbrada á las carreras desenfrenadas en compañía de su hermano, el paso lento á que la obligaba la debilidad de Enrique había fastidiado; pero ahora volvía á estar animada, graciosa, radiante y se dirigía afablemente al ingeniero sin que nada en ella recordase el choque de la primera entrevista.

Los obreros saludaron respetuosamente al hijo del amo y á su novia, á quien todos contemplaban admirados: aun entre ellos lograba un triunfo solemne la belleza de Cecilia. Sólo Egberto permanecía insensible. El joven ingeniero, con la mayor tranquilidad, sirvió de guía á los dos jóvenes, explicándole todo minuciosamente, pero dirigiéndose casi siempre á Enrique, el cual, indiferente como de costumbre á todas aquellas cosas que tan de cerca le tocaban, apenas le prestaba atención. Sin embargo, al fin no pudo menos de exclamar verdaderamente admirado:

— Parece increíble que en tan pocas semanas hayas podido hacer tanto. ¡Aquí me gustaría ver á Oscar, que se ha convertido en acompañante de papá y se pasa el día en los talleres! Nunca hubiera dicho que esto le apasionara tanto.

Runeck no respondió, pero hizo un gesto de desprecio del que no se percató Enrique, el cual continuó diciendo:

— ¡Ah, escucha Egberto!, hace unos días hicimos una excursión por los montes, y alguien de la comitiva afirmaba que el nivel de la gran cruz de Albenstein ha bajado. Papá desea que se vea si es verdad, á fin de que no ocurran desgracias. ¿Hay entre tus obreros alguno capaz de subir hasta allí?

— Realmente podría ser esto que dices un peligro, respondió Runeck. Si la base no es muy sólida, la cruz podría caer algún día sobre la carretera que pasa por debajo. Mañana iré yo mismo á inspeccionarlo.

— ¿Al Albenstein?, preguntó Cecilia que había prestado atención al diálogo. ¿No dicen que es poco menos que inaccesible?

— Lo es para los miserables mortales, contestó Enrique sonriéndose; pero Egberto es el hombre á propósito para los paseos más peligrosos por nuestros más difíciles peñascos y ha estado ya tres veces en el Albenstein.

— Soy práctico en estos montes, dijo Runeck con indiferencia. Los conozco desde niño. Esto aparte de que no es cierto que el Albenstein sea inaccesible; todo el que tenga sangre fría y no sufra vértigos puede ir allí.

— ¡Por Dios, Egberto! No hables de ello con esa

desenvoltura, exclamó Enrique riendo, pero algo inquieto. Tus palabras podrían hacer renacer en la mente de Cecilia aquel proyecto loco que tanto me asustó... ¡Figúrate! ¡Cecilia quería subir á toda costa al Albenstein!

Runeck, asombrado de aquella idea inverosímil, miró á la joven, la cual se encogió de hombros con su acostumbrada petulancia, diciendo:

— ¡Y bien, sí! ¿Qué mal hay en ello? Quisiera encontrarme allá arriba, junto á la cruz, á aquella altura vertiginosa, teniendo á mis pies el abismo... Debe ser una impresión horriblemente bella. Enrique, en cambio, se espanta sólo oyendo hablar de ello.

— Cecilia, calla; con estas bromas exageradas se me hiela la sangre.

— ¿Bromas? ¿Exageraciones? Y si quisiera hacerlo de veras, ¿me acompañarías?

— ¿Yo?, respondió Enrique como si le hubiesen propuesto que se precipitara desde la cima del Albenstein.

Su prometida dejó asomar á sus labios una sonrisa de compasión ó de desprecio, y encogiéndose de hombros exclamó con acento firme:

— Tranquilízate; jamás exigiría de ti esta prueba de amor, porque iría sola.

— ¡Cecilia mía! ¡Por Dios te lo ruego!, exclamó Enrique verdaderamente aterrado.

Egberto le puso una mano en el brazo.

— ¡Oh! Por este lado puedes estar tranquilo, dijo, que una cosa es hablar y otra hacer. Aquel camino no está hecho para los pies de una señora: la baronesa no intentará siquiera la ascensión; mas si la intentara, á los cinco minutos retrocedería.

Cecilia echó la cabeza atrás y con mirada centelleante y extraño acento preguntó:

— ¿Está usted seguro de ello, Sr. Runeck?

— Sí, baronesa, porque conozco el Albenstein.

— Pero no me conoce á mí.

— ¡Quién sabe!

Cecilia se estremeció; pero fijando su mirada en su prometido, se sonrió irónicamente.

— ¡No pongas esa cara, Enrique! Está tranquilo. Todo esto ha sido una broma, pues no pienso subir al Albenstein ni romperme el alma... Sr. Runeck, dígame: ¿cómo lo hacen para minar á esos colosos?

Enrique respiró. Estaba acostumbrado á verse atormentado por los caprichos y extrañezas de su adorada novia y sabía que aquellas extravagancias eran casi siempre infundadas y sin consecuencias, pues la variedad distraía á Cecilia. Enrique se dirigió al viejo Mertens, que permanecía á su lado en espera de una palabra suya; aquel anciano había servido al padre del actual propietario de Odensberg y ocupaba ahora el puesto cómodo y lucrativo de inspector jefe de los trabajos de Radefeld. El joven Dernburg, que se acordaba, de cuando era niño, de aquel hombre, hablóle largamente preguntándole por su familia, y se volvió luego, con su aire bondadoso, á los demás obreros. Quien le hubiese visto tan tímido entre su gente, encorvado, vacilante en el hablar, pálido el rostro y opaca la mirada, no habría creído que fuera aquél el futuro dueño de todo Odensberg. ¡Inspiraba lástima!

Esta fué quizá la impresión que sintió Cecilia, que se había vuelto para mirarle; y en efecto, frunció la frente con impaciencia y dobló el látigo entre sus manos.

— ¿Quiere usted enseñarme sus dominios, señor ingeniero?, preguntó mirando fijamente á Runeck, que se había quedado inmóvil y silencioso.

Egberto, vestido con su chaqueta de pana gris de cazador y con sus altas polainas, tenía un aire especial; sí, aquel traje sencillo — y así lo pensaba también la joven — sentaba á su simple altivez mejor que el traje de etiqueta, y en aquel sitio, en donde se sentía en terreno propio y capaz de ejercer el mando, revelábase en toda su imponente grandeza; á su lado, la insignificante figura de su amigo de infancia desaparecía por completo.

Al oír la pregunta seca de la baronesa, Egberto se inclinó y la condujo, sin decir palabra, hacia un barreno ya preparado.

— ¿Desea usted saber cómo se minan esas masas?, comenzó diciendo con su voz igual, tranquila y con los ojos fijos en la roca intacta, sin dirigir una mirada siquiera á Cecilia.

Y se puso á explicar el procedimiento de la obra del mismo modo que si se tratara de una conferencia científica.

La joven le escuchaba con los ojos bajos y una extraña sonrisa en los labios, y cuando hubo terminado su explicación, volvióse hacia él y sonriendo francamente exclamó:

— ¡Oh, es un espectáculo imponente! Hemos visto desde allí la explosión de un barreno y parecía

cosa sobrenatural. Usted estaba en aquella altura; tenía el aspecto del espíritu dominador de los montes; todas las demás personas que había á su alrededor, más abajo, semejaban los espíritus de la tierra, esclavos á sus pies. Y luego... el espíritu soberano levanta el brazo y con sordo estrépito la montaña se abre y cae á pedazos... ¡Una leyenda en acción!

— ¿Qué, ¿conoce usted la leyenda? ¿Conoce las antiguas fábulas de nuestros montes?, preguntó Egberto. No me lo imaginaba.

— Todo el mérito es de Maya; ella es quien me ha revelado el mundo de las leyendas de su país, y lo ha hecho con tanto entusiasmo y pasión, que la sospecho capaz de creer en ellas todavía. ¡Es tan niña!

La bella amazona con su traje de paño de color de plata, con su sombrero de paño gris sobre sus oscuros cabellos, con su látigo de rico puño en la mano y el codo apoyado en la roca, no podía ostentarse ya como una niña: era una gran señora de la sociedad elegante, que para divertirse se dignaba descender hasta los hijos del trabajo. Sabía que era bella, irresistiblemente bella en aquella actitud llena de gracia, y la sorprendía, la mortificaba, la exasperaba la indiferencia de aquel hombre hacia una fascinación hasta aquel momento jamás desmentida.

— Y á decir verdad, continuó diciendo en tono burlón, aquel espectáculo parecióme la realidad de una de esas leyendas, la de la varita encantada. ¡Qué deliciosa es aquella varita mágica á cuyo contacto todas las puertas se abren, caen todas las rocas y se cruzan todos los abismos! Y quien posee esa varita puede hasta penetrar en las profundidades donde yacen sepultados los preciosos tesoros destinados sólo al elegido, al poseedor de aquel talismán que los hará salir de la noche, de la tumba en que duermen... Al ver cómo las peñas se rompían á sus pies, parecióme que usted tenía en su mano la encantadora varita y me acordé de los versos de la leyenda...

Y apoyándose mejor en la roca y procurando dominar á Egberto con su mirada y su sonrisa, recitó lentamente:

Y arranca del abismo que lo encierra
El cofre que contiene gemas y oro.
¡Rindióse á su poder la avara tierra!
¡A él solo pertenece aquel tesoro!

— ¿Eh, qué tal? ¿Soy digna discípula de Maya? El joven había permanecido impassible: tal vez un observador profundo habría notado que su rostro bronceado había palidecido y que se habían decolorado sus labios; pero su voz no revelaba emoción alguna cuando respondió:

— Baronesa, en nuestros días no hay varitas encantadas; en cambio, existe la dinamita que las substituye admirablemente; y si no, vea usted la prueba.

— Sí, veo ruinas, fragmentos, pero los tesoros permanecen en el abismo.

— El abismo está vacío y mudo; ya no hay tesoros escondidos.

Era una respuesta brusca, dada con voz áspera, llena de desaliento. La joven no se dió por entendida y replicó:

— Quizá se ha perdido la palabra mágica sin la cual es impotente la varita encantada, ¿no lo cree usted así, Sr. Runeck?

— Lo que yo creo, baronesa, es que el mundo de las leyendas y de los acontecimientos está demasiado lejos de nosotros, que ya no lo entendemos ni queremos entenderlo, señorita.

Cecilia, resentida por aquella respuesta casi amenazadora, avanzó un paso y lanzó sobre el joven una mirada hostil; pero de repente recobró su alegre amabilidad y soltó una carcajada.

— ¡Qué ferocidad! Los pobres gnomos y los enanos de la fábula tienen en usted un gran enemigo. ¿No oyes, Enrique, cómo trata tu amigo al mundo de las leyendas?

— Tratándose de cosas poéticas es inútil hablar de ellas á Egberto, respondió Enrique acercándose á su novia; para él la poesía es algo superfluo... Todavía no le he perdonado la compasión con que acogió la noticia de mi boda. ¡Ah, qué rabia me dió! Y cuando le hablé del amor que puede inspirar una mujer, ¿sabes qué me contestó? «No creo en él.»

— ¿No cree en él?, repitió Cecilia, cuyos ojos despedían en aquel momento un extraño destello diabólico. ¿De veras no cree usted, Sr. Runeck, en el amor que puede inspirar una mujer?

Runeck vaciló algunos segundos; después alzó su semblante palidísimo, y cruzando su mirada firme y segura con la de la joven, respondió:

— De veras, baronesa, no creo en él.

(Continuará.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Después de dos días de descanso en San Sebastián, reanudó el rey su viaje por las principales poblaciones del Norte, saliendo en la mañana del 16 de agosto último de la capital donostiarra y llegando á las dos de la tarde del mismo día á Pamplona. Dirigióse primeramente á la catedral, en donde se



LA VIRGEN DE RONCESVALLES, la más antigua que existe en Navarra (de fotografía de D. Julio Altadill)

cantó el *Tedéum* del maestro Eslava, y de allí al palacio de la Diputación, desde cuyos balcones presencié el desfile de las tropas. A las cuatro verificóse en dicho palacio la recepción oficial, que resultó brillantísima, y por la noche el banquete con que S. M. obsequió á las autoridades. La ciudad lució espléndidas iluminaciones y se quemaron bonitos fuegos artificiales.

En la mañana del 17, después de haber oído misa en San Lorenzo, visitó el rey la catedral, admirando las obras de arte que allí se conservan y examinando las reliquias y curiosidades que en el templo se guardan, y entre las cuales llama principalmente la atención el precioso relicario y el arca de plata en donde están los restos de las santas Nunilo y Alodia. Desde allí fué S. M. á visitar las murallas, la ciudadela, el parque de Artillería y el cuartel nuevo. Después de almorzar, verificóse la recepción de los alcaldes navarros, que constituyó una de las notas más interesantes y pintorescas del viaje regio, por la variedad de trajes, entre los que se destacaban particularmente los de los alcaldes del valle de Roncal y de Aezcoa. Terminada la recepción, dirigióse el rey á caballo al Campo de Tiro, situado á más de tres kilómetros de la capital en el lugar denominado Añoaín, en donde S. M. revistó los regimientos de América, Constitución y Cantabria, el de caballería de Arlabán y el 4.º de artillería de plaza, y presencié los ejercicios de concurso de tiro, que resultaron muy lucidos. Hechos los disparos fijados, el jurado hizo la clasificación y D. Alfonso entregó á los vencedores los premios, consistentes en un reloj de oro, otro de plata y otro de níquel. Por la noche hubo banquete oficial en el palacio de la Diputación, y durante el mismo una nutrida rondalla situada en la plaza tocó y cantó varias piezas y bonitas coplas.

A las ocho de la mañana del 18, la comitiva regia

salió de Pamplona para Huarte-Araquil con objeto de realizar la excursión al santuario de San Miguel de Excelsis, que se levanta en el monte Aralar, una de las cumbres más elevadas de la cordillera que cruza los fértiles valles de la Borunda. El santuario primitivo, que data del siglo XI, se encuentra dentro de otro de más reciente construcción, aunque antiguo también, y ocupa en él el lugar que en muchas iglesias ocupa el coro. La tradición atribuye la fundación del santuario al caballero navarro Teodosio Goñi, que hoy cuenta la Iglesia en el número de los venerables.

La ascensión á San Miguel, que se realizó en caballerías, es algo difícil y en algunos puntos peligrosa, pues el camino de herradura, de cinco kilómetros de extensión, ofrece grandes pendientes y está en su mayor parte abierto en la peña viva. El rey fué siempre delante de la comitiva, muy gozoso y satisfecho de la pintoresca excursión, y llegó el primero al santuario, á cuya puerta le recibieron el patrono de la ermita, D. Pedro Romero, chantre de la catedral, el arcipreste y el ministro del santuario, nombre que se da al sacerdote que de él cuida. Don Alfonso recorrió el templo examinando las obras de arte y las reliquias de arte, de las cuales la más preciosa es el famoso retablo que constituye una verdadera maravilla, casi única en su género, por lo que creemos oportuno hacer una descripción detallada del mismo.

El retablo, regalado al santuario por el rey de Navarra Sancho el Mayor, fué antes frontal ó tablero, según los eruditos. Forma un rectángulo de cuatro pies navarros y tres pulgadas de altura por siete pies y cinco pulgadas de ancho. El tablero va cubierto de planchas de cobre dorado á fuego, sobre las cuales van fijados los notables esmaltes.

En el rectángulo se ve una aureola de forma ovalada, dentro de la cual se desarrollan dos órdenes de arcos de medio punto y sobre ellas diez y ocho grandes chatones.

Las figuras esmaltadas en blanco en las planchas son veintiuna; las cabezas son de relieve sin esmaltar. En el centro está la Virgen María, dentro de cuya aureola hay cuatro enjertos con figuras que simbolizan á los cuatro Evangelistas, el toro de San Lucas, el león de San Marcos, el águila de San Juan y el ángel de San Mateo.

Ocupan los ángulos superiores del cuadrilátero las figuras de los Apóstoles, y en los ángulos inferiores están los Reyes Magos, en un lado, y en otro San Miguel y dos personajes que, según la tradición, son el rey Sancho el Mayor y su esposa D.ª Elvira.

El rico esmalte de colores hállase avalorado con profusión de pedrería.

Este magnífico retablo debe pertenecer á la escuela de Colonia ó á la de Verdún, y las autoridades en materia de antigüedades y bellas artes afirman que es la mejor pieza de esmaltes que se conoce del estilo bizantino; sólo puede compararse al que existe en Santa Sofía de Constantinopla, que, sin embargo, resulta muy inferior.

Cuando hace poco tiempo estuvo en San Sebastián el gran duque Wladimiro de Rusia, ponderaronle tanto aquella hermosa obra de esmalte del retablo de San Miguel, que quiso visitar el santuario, preparando á este efecto una excursión el conde de Guendulain; pero cuando todo estuvo dispuesto, el gran duque tuvo que marchar á Rusia y la excursión no pudo verificarse. Después envió S. A. desde su país á un distinguido pintor para obtener una copia del retablo, por tratarse de una obra de carácter bizantino, que es el que domina en el imperio moscovita. El pintor, que residió en Alsasua, empleó un mes en cumplir el encargo, tomando en San Miguel sus apuntes, que luego, en Alsasua, trasladaba al lienzo. La copia, que fué la más notable que del retablo se ha hecho, resultó admirable.

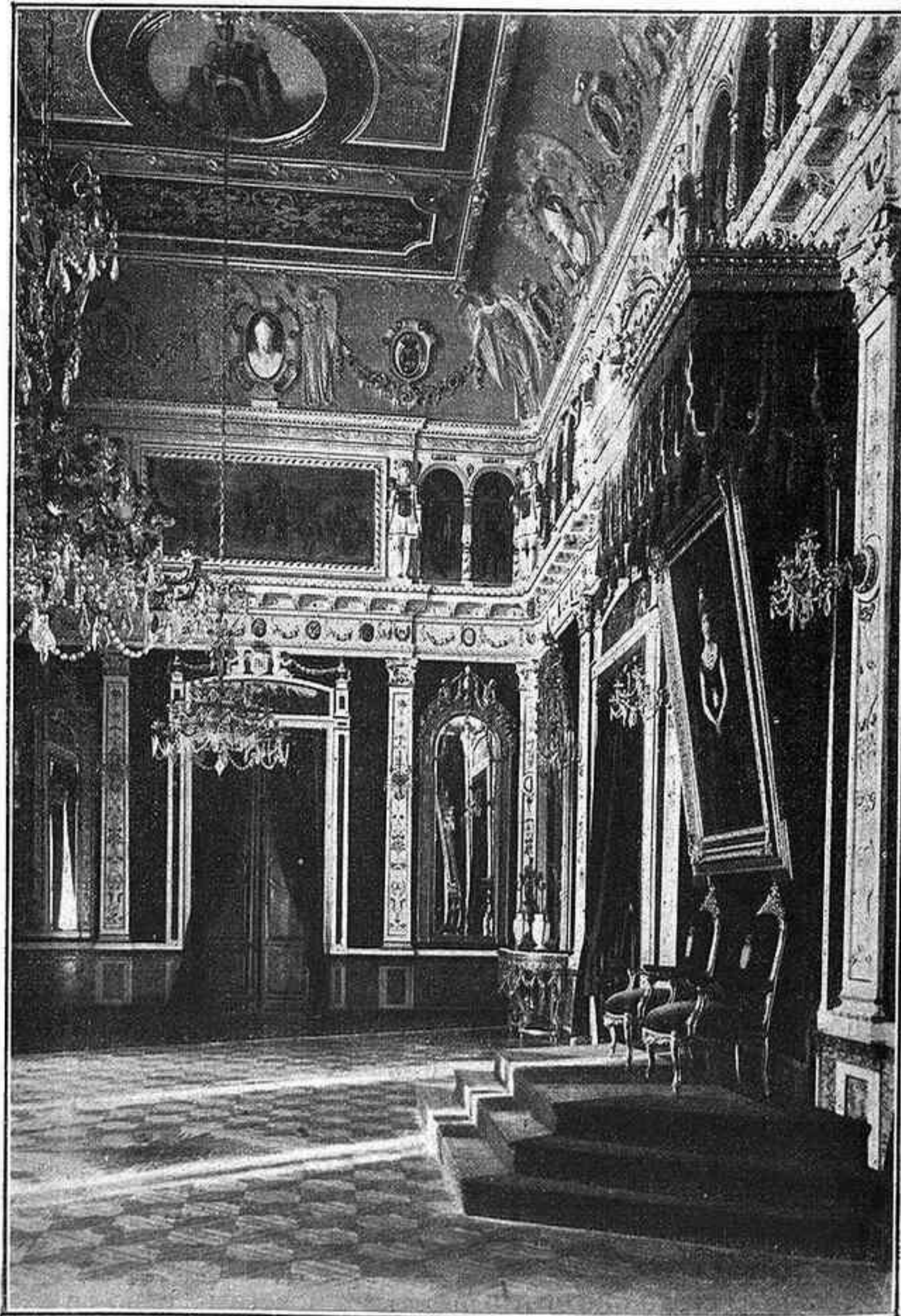
Terminada la visita del santuario, el rey y la comitiva descansaron en la planicie, admirando el grandioso panorama que desde aquellas alturas se descubre, y después del almuerzo verificóse el descenso, llegando el rey á Huarte-Araquil á las cuatro de la tarde y á Pamplona á las seis.

Poco después de las ocho de la mañana del día 19, dirigióse D. Alfonso al fuerte de San Cristóbal, que se halla situado sobre un monte bastante alto y á pocos kilómetros de la población. Por la tarde recibió á los senadores y diputados y á varias comisiones, y después de la recepción asistió á la corrida de toros: la plaza estaba engalanada con mucho gusto; en los palcos se habían colocado ricos mantones de Manila por colgaduras; guirnalda de flores y follaje rodeaban el circo y adornaban las columnas, y en el centro del redondel se había formado un gigantesco letrero que decía: «A S. M. el rey don Alfonso XIII, Pamplona.»

A las ocho de la mañana del 20, salió el rey de la capital de Navarra, llegando á Vitoria á las diez y dirigiéndose á la iglesia de San Miguel, en donde se cantó el *Tedéum*. Celebróse luego la recepción en el palacio de la Diputación Provincial y después el almuerzo en el del Ayuntamiento, y á las cuatro de la tarde, después de haber revistado las fuerzas de la guarnición en el Campo del Prado, salió para Burgos, adonde llegó á las siete de la noche, habiendo sido obsequiado con una serenata por el Orfeón Burgalés y el de Santa Cecilia.

El día 21 asistió S. M. al *Tedéum* de la catedral y luego á la recepción popular que se celebró en el Ayuntamiento, y que resultó un acto brillantísimo. Después visitó las Casas Consistoriales, en donde vió la caja que contiene los huesos del Cid y de su esposa D.ª Jimena, y la catedral, admirando las innumerables bellezas artísticas que en ella se encierran y recorriendo detenidamente las capillas que tantas preciosidades guardan. Por la tarde estuvo el rey en el famoso monasterio de las Huelgas, en la Cartuja de Miraflores y en el teatro, en donde se celebró un concierto de gala. Por la noche celebróse en la Diputación el banquete oficial y se verificó una retreta militar.

El día 22 hizo el rey una visita á los cuarteles, y después de almorzar revistó en el Campo de Gamonal los regimientos 3.º y 13.º de artillería, el de lanceros de España y los de infantería de la Lealtad y

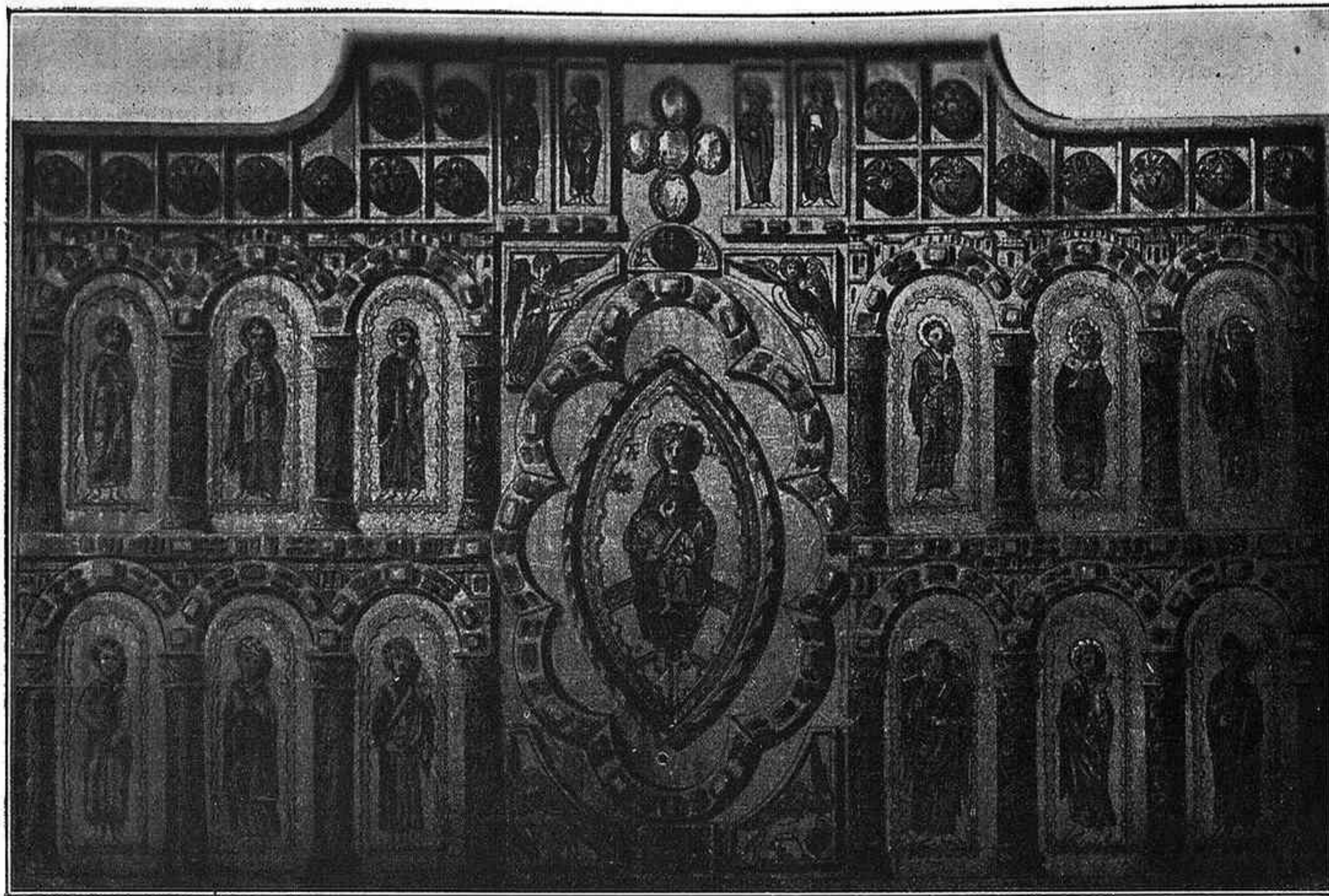


SALÓN DEL TRONO DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE NAVARRA, en donde se han celebrado las recepciones oficiales de S. M. el rey D. Alfonso XIII (de fotografía de D. Julio Altadill).

San Marcial, formados en columna de honor. Después de la revista, la fuerzas ejecutaron varias maniobras, en orden abierto la infantería, por columnas y secciones la caballería, y en línea y en batería la artillería. Luego se verificaron en el Campo de Tiro de Villafraja ejercicios de tiro al blanco, habiendo concedido S. M. varios premios á los soldados que más se distinguieron. Por la noche se repitieron las iluminaciones y los fuegos artificiales.

El 23 salió Su Majestad de Burgos, llegando á San Sebastián en la tarde de aquel mismo día.

En Pamplona, en Vitoria y en Burgos el rey ha sido



RETABLO DE SAN MIGUEL DE EXCELSIS (de fotografía de D. Julio Altadill)

objeto de las manifestaciones más entusiastas.

Los grabados referentes á la estancia de S. M. en Pamplona, que publicamos en esta página y en la 575, son reproducciones de fotografías que nos han remitido los distinguidos aficionados pamploneses Sres. García Peña y Altadill, á quienes damos las más expresivas gracias por su atención.

También se las damos al fotógrafo de Avilés Sr. Duartex, autor de las que reproducimos en la página 574, y que se refieren á la excursión verificada por D. Alfonso XIII á aquella población el día 12 de agosto. - X.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos Siete Medallas de ORO

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigese el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigese el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigese el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO Y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

Venta anual de los Productos Nestlé 39 millones de botes.

Harina Lacteada

NESTLÉ

ALIMENTO COMPLETO para Niños y Viejos.
Contiene la Leche pura de Suiza.
Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 AÑOS de éxito.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DISCURSO ACERCA DE LA VOCACIÓN ESPECIAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII, por *Francisco Elguero*. — Es un trabajo bien pensado y elegantemente escrito, en el que se describen y ensalzan las virtudes y el talento de León XIII, demostrando la misión importantísima que su pontificado ha venido á realizar en este mundo, así desde el punto de vista religioso como bajo los conceptos político y social. Ha sido impreso en Marbella en la imprenta del Sagrado Corazón de Jesús.

TRES MAESTROS, por *Alejandro Dumas*. — La biblioteca de obras de Dumas que con tanto éxito publica en esta ciudad el inteligente editor D. Luis Tasso, se ha aumentado con este interesantísimo libro del eminente novelista francés, que contiene detenidos estudios biográficos y críticos de Miguel Angel, Ticiano y Rafael. Tratándose del escritor cuya fama crece cada día más, ocioso es decir con qué deleite se leen las páginas de este libro, que si interesa por su asunto, cautiva por la forma en que el autor lo desarrolla. Véndese el tomo á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES.—AÑO XI. 1901. — Contiene este tomo interesantes y completos datos sobre las siguientes materias: observaciones climatológicas é higiénicas, crecimiento de la población, demografía, alimentación pública, locomoción, movimiento económico, comercio especial exterior de la ciudad de Buenos Aires en 1901, correos, telégrafos y teléfonos, asistencia pública, movimiento criminal, movimiento carcelario, instrucción pública, diversiones y juegos, y otras varias. Es una publicación que honra á la Municipalidad de Buenos Aires y á la Dirección general de Estadística Municipal, que desempeña Don Alberto B. Martínez, y que puede servir de modelo á los municipios que verdaderamente se interesan por el desarrollo de las poblaciones y el fomento de los intereses cuya administración les está encomendada. El libro ha sido impreso en la imprenta de la Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, de Buenos Aires.



Meditación, cuadro de Carlos Pellicor

TRATADO PRÁCTICO PARA APRENDER Á CORTAR Y CONFECCIONAR TODA CLASE DE VESTIDOS, por *María Porrera, viuda de Roura*. — El objeto de este libro consiste en dar á conocer las reglas del corte y confección sin necesidad de recurrir al estudio de procedimientos geométricos y fórmulas difíciles; las cualidades que en el mismo predominan son la sencillez, la novedad y la claridad, así es que con la lectura de este tratado puede cualquier señora cortar los más difíciles patrones y hacer los vestidos más complicados, que hasta ahora sólo podían confeccionar las modistas. Esta obra, que ilustran multitud de dibujos que representan modelos, patrones, etcétera, ha sido editada en Barcelona por la casa Maucici y se vende á seis pesetas en rústica y á ocho en cuadernada en tela y planchas doradas.

SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DE MR. ROLIN JACQUERMYS. — La Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid celebró en 18 de mayo último una sesión científica para honrar la memoria del eminente juriscónsulto belga Mr. Rolin Jacquemyns, fundador y director del Instituto de Derecho Internacional. El discurso necrológico fué encomendado al eminente hombre público D. Rafael M. de Labra, el cual hizo un trabajo por todos conceptos notabilísimo, que constituye un estudio acabado de aquel eminente juriscónsulto y de su influencia en la marcha política de Bélgica. Este discurso, así como el de gracias con que contestó el señor ministro de Bélgica en Madrid, han sido impresos en forma de folleto en la imprenta madrileña de la Revista de Legislación.

VENUS ADORATA, por *L. Rodríguez Figueroa*. — Poema en que el autor canta en inspirados versos el amor á la belleza plástica, rindiendo culto á la Gracia, á la Juventud y á la Belleza, que constituyeron la religión de la antigüedad pagana. Ha sido impreso en Santa Cruz de Tenerife en la imprenta de A. J. Benítez.

NOCIONES DE BOTÁNICA, por el profesor *J. D. Hooker*. — Formando parte de la colección «Nuevas cartillas científicas» ha publicado la casa Appleton y C.ª, de Nueva York, este notable tratado de Botánica, en el que el reputado profesor Hooker, ex presidente de la Real Sociedad de Londres, explica de una manera metódica y clara todo cuanto se refiere á la vida de las plantas. El libro va ilustrado con varios grabados.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOULE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS en Paris
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et Co. B^{te} St-Denis, 18

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demas purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentacion
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
DOCTORES JORET-HONOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES
 DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labor-
 riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

INFLUENZA RACHITIS
 ANEMIA CLOROSIS
VINO
AROUD
 CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,
 Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iri-
 tacion que produce el Tabaco, y especialmente
 á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS,
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la
 emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILLOIRE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN